AÑO XXXIII — Nº 1664

# EL DIA

MONTEVIDEO, 6 DE DICIEMBRE DE 1964

Suplemento Dominical fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



***Don Luis Franzini***
(Fotografía Juan Caruso)

**Se cumplió el 1º del corriente, otro aniversario del fallecimiento de este distinguido ciudadano cuya existencia fue ejemplo de voluntad, rectitud y hombría de bien, dejando detrás suyo una memoria merecedora de alto respeto.**



*Los escolares de Blanquillo desfilan portando las enseñas patrias.*

# FELIZ CUMPLEAÑOS PARA BLANQUILLO

EN avanzadas horas de una noche increíblemente clara, hemos llegado a Blanquillo.

Todo duerme dentro y fuera de sus casas. Como de una extraña caja de música emerge el sonido monocorde del grillo, el ladrido de un perro lejano, únicos seres vivientes junto a las luciérnagas que parecían existir allí.

Mientras transito despaciosamente por sus calles que se alargan hacia el campo, observo las casitas blancas, amarillas, rosadas, los brazos en alto de un aljibe rebujado en el perfume de madreselvas.

No hay zumbidos de plantas industriales, ni pasos, ni trinos, ni campanas, ni letras de neón. Pero cuando el canto del gallo acuna una nueva aurora, en los "buenos días" cordiales, se siente el esperanzado latir de la vida de Blanquillo que hoy, en momentos en que se difunde esta edición, da fin a los festejos conmemorativos de su primer cuarto de siglo de existencia.

VINIENDO DESDE EL PASADO. — Las tierras donde hoy se levanta el flamante pueblo — que debe su nombre al arroyo del Blanquillo — salieron del dominio fiscal en 1782, en oportunidad de vender los Jueces Subdelegados de la Real Hacienda en Buenos Aires, a don Claudio Márquez, el campo situado entre el río Negro y los arroyos de Las Cañas, Sarandí y del Chileno, que comprendía un área de 86.300 hectáreas 6053 mts. al ser mensurado en 1868.

La historia de Blanquillo, situado en parte de las secciones 13ª y 6ª del departamento de Durazno, puede dividirse en dos épocas: antes y después de la construcción de la vía férrea. En la primera, había en la zona tres núcleos poblados: uno llamado pueblo de los Rodríguez en el camino a Chileno, constituído en su mayor parte por familiares de Eulogio, Luis y Manuel Rodríguez; otro conocido por Santa Teresa, algo al este de la ruta a San Gregorio, integrado por los ranchos de los González, Oviedo, Ortiz y Rodríguez y el situado al oeste era el de los Ancheta (Celestino, Eulogio y Floro). Todas estas familias tenían numerosa descendencia.

Entre el vecindario cabe destacar por sus espíritus emprendedores y progresistas a Dn. Francisco Garicano y a Dn. Carlos Mautone. Garicano, uno de los primeros alambradores de la zona, fue un vasco esforzado que poseyó un comercio que fuera posta de las diligencias que unían la ciudad de Durazno con Cuchilla de Ramírez y Sarandí del Yi. Fue también herrero y carpintero. Dio gracias al paisaje, plantando montes de eucaliptus y de frutales; impulsó un aserradero.

Dn. Carlos Mautone fue otro propulsor de trabajo y de progreso. Instaló un molino harinero, trajo colonos para sembrar trigo, plantó vides, instaló una bodega. Su prematuro fallecimiento paralizó sus loables iniciativas regionales.

Otros hombres de avanzada, de los que preparan los caminos del futuro, fueron Dn. Pedro Altezor y Dn. Martín Apolo: el primero por su destacada actividad agrícola y por ser el iniciador de la producción lechera y fabricación de quesos en la zona. Dn. Martín Apolo, que donara el terreno para la escuela rural Nº 46, por su espíritu humanitario, generoso, atento siempre a los reclamos del que apremiado por alguna angustia o por realizaciones que significaran progreso para la región, se acercaba a las puertas de su casa.

Los lugares de reunión en esa época pre ferroviaria de Blanquillo, eran los comercios o canchas de pelota de mano. Los domingos y días de fiesta concurrían los vecinos a lo de Garicano, al boliche llamado de la "Chala", hoy de Aladino Martínez, que tenía muy buen frontón, pero sobre todo se reunían en la llamada Cuchilla del Comercio, en lo de José María Puentes, en la actualidad de Dña. Blanca Silva de Rodríguez, que era el almacen y tienda de mayor importancia en la zona, y en cuyas cercanías estaban establecidos los pertenecientes a Pellegrino y Durán.

Ya en ese tiempo existían las dos actuales escuelas: la Nº 32, ubicada en las cercanías de lo de Garicano, que iniciara su acción civilizadora y cultural en 1908, y la Nº 46. Cabe mencionar entre los maestros de aquel entonces a las Sras. Eva B. de Calzada, Eudoxia de León de Vignoli, Albertina Silva de Cáfaro, Esther Lagarret de Vega, por ser muchos los ex discípulos que le deben su capacitación.

Había servido de correo a Sarandí del Yi y San Gregorio, pasando por La Paloma, dos veces por semana, a cargo de Avero y Rodríguez. La empresa "Estrella del Norte" vinculaba la zona con Durazno.

No existía carretera. Para trasladarse a Montevideo se tomaba el tren en Mansavillagra, empleándose todo el día en el viaje. Cuando se prolongó el tramo ferroviario desde Florida, se ascendía al tren en Capilla del Sauce; después en Sarandí del Yi.

Ya en esta época, era fácil notar el espíritu sociable, solidario, inclinado a las inquietudes progresistas, que hoy caracteriza al habitante de Blanquillo. Se constituyeron así, comisiones de vialidad y pro vía férrea, integradas, entre otros vecinos prestigiosos, por Dn. Marcelino Urioste, Dn. Martín Gamboa, Dn. José María Puentes, el Dr. Alejandro Saráchaga y Dn. Paulino Abreu.

Hacia 1935 se construyó la carretera Sarandí del Yi-San Gregorio, pero el núcleo poblado no se formó hasta que se tendieron las vías del ferrocarril. El estudio de su trazado fue realizado sobre el terreno por los ingenieros Rodríguez Luis, Velásquez y Torrado, entre otros, cooperando también el cuerpo de ingenieros del Ejército.

Después vino el movimiento de tierra, algo que nunca habían visto los vecinos de la zona. Quinientos obreros, en su mayor parte oriundos de Treinta y Tres, trabajando a pico y pala, efectuaron los desmontes y terraplenes. Ganaban hasta $ 2.50 por día e iniciaron una era de intensa actividad comercial regional. Muchos de ellos, como Waldemar Casas, Juan Carlos García, el "brasilero" Suárez, fueron de los primeros pobladores. Otros, como Santos Rey Torres y Francisco Alves, que proveían la alimentación de las cuadrillas desde Sarandí del Yi, a medida que adelantaba el tendido de los rieles, optaron por radicarse en Blanquillo.

En enero de 1939 el agrimensor Ariel Cabrera dio término a los trabajos del plano de dos parcelas de campo destinadas al pueblo: la perteneciente a Dn. José María Puentes, ubicada en la 6ª sección judicial de Durazno y la de Dña. Emilia Almeida de Rivero, en la 13ª sección. La primera de un área de 34 Hás. 9230 mts.; la segunda de 12 Hás. 1666 mts. Debemos con toda justicia resaltar que ellos decretaron así, implícitamente, la fundación de Blanquillo.

El primer médico fue el Dr. Alejandro Saráchaga, actual Director de la Policlínica local, que se instaló provisoriamente en marzo de 1931 en el comercio de Garicano, estableciéndose posteriormente en la única casa existente en el terreno donde vino a asentarse Blanquillo, sede actual del café de Santana, propiedad entonces de Dña. Emilia Almeida de Rivero. Al Dr. Saráchaga, que va realizando a lo largo de 33 años de profesional en la zona, una labor científica y social llena de acierto y ejemplaridad, le debemos gran parte de los datos que nos permiten reconstruir la marcha ascendente de Blanquillo.

La segunda construcción fue un rancho que Dn. Esteban Rivero erigió, en el lugar donde hoy se levanta la estación, para el chacarero Juan Ortiz y la tercera, otro rancho, que Dn. José María Puentes construyó para su puestero Doroteo Fonseca. Cuando vino la época del "movimiento de tierra". Puentes levantó un local, donde hoy es el comercio de Clemente y Bosch, para aprovisionar a los ferroviarios, que estuvo a cargo de Juan Rodríguez. Posteriormente edificaron, entre otros, Santos Rey Torres, Francisco Alves, Vila (proveedor del personal que tendía los rieles), Waldemar Casas, Dionisio Vega, Mercedes Duarte, Urioste el local Ancap, etc.

El domingo 3 de diciembre de 1939 tuvo lugar la inauguración del ramal ferroviario de 53 kms. que unía a Sarandí del Yi con Blanquillo.

AL ENCUENTRO DEL TIEMPO FUTURO. — Hoy Blanquillo posee 1.080 habitantes. Sus principales fuentes de trabajo son la estación ferroviaria (alrededor de 30 empleados) y las canteras de tierra blanca (caolín), propiedad de José María Puentes e Irma R. de Mautone, arcilla que se emplea en la fabricación de artículos de loza y cerámica. Alrededor de 70 familias viven de esta ocupación en temporadas de mayor actividad.

Desde 1961 un grupo de animosos jóvenes ha constituído J.U.B.A., institución creada con el propósito de incrementar el fomento cultural y social de la zona. Tiene un grupo teatral y un conjunto folklórico que intervino exitosamente en el 4º Certamen de Folklore del Centro de la República, organizado por la institución "Mate Amargo" de Sarandí del Yi, el 5 de setiembre último.

La Comisión pro edificación ya ha recaudado más de $ 100.000, desde mayo de este año, para la construcción del futuro edificio de la escuela rural Nº 32, el que insumirá una cantidad estimada en la actualidad en $ 340.000. El irrefrenable deseo popular hace posible su inauguración en un término no mayor de dos años.

En cuanto a la Comisión Pro Mejoras de Blanquillo ya ha obtenido dos grandes conquistas: la inauguración de la red de alumbrado en los primeros días de este mes y la próxima instalación de los servicios de agua corriente. La preside el Dr. Saráchaga, que considera asimismo de impostergable realización la construcción de un edificio propio para la policlínica local.

Esta es a grandes rasgos la parábola de la corta trayectoria de Blanquillo, que es trasunto de empeñosas virtudes, de denodados esfuerzos, de sueños generosos.

*Aníbal* ***BARRIOS PINTOS***

(Especial para EL DIA)




*El nombre de un lugar de nuestra patria que aún no tiene su poeta que la cante.*




*La distancia en el tiempo que va desde la inauguración de la estación ferroviaria de Blanquillo a la explotación de sus yacimientos de caolín.*



# DON LUIS FRANZINI

*Dos aspectos de la colocación de la placa con el nombre de don Luis Franzini, en la Sala de Sesiones del Estadio Centenario. En una de las fotos, puede verse al General Porciúncula, haciendo uso de la palabra, ante un público emocionado entre el cual no podían faltar los hijos del ausente.*

SU vida fue una superación constante, un entusiasmo tenso, un impulso hacia metas elevadas, para ennoblecer la existencia y dar ejemplo de voluntad, rectitud, decoro, caballerosidad. Así pudo dejar detrás suyo, una memoria merecedora de alto respeto.

Nosotros conocimos a don Luis Franzini en la eficacia de la tarea administrativa, frente a los complicados engranajes de la marcha económica de EL DIA. Pudimos aquilatar sus valores humanos, su cordialidad, el don de simpatía que irradiaba. Pero indudablemente, muchas facetas de su personalidad se nos escaparon, en la imposibilidad de un trato que sus múltiples responsabilidades impidieron que fuera más frecuente. Nos bastó, sin embargo, para profesarle estimación verdadera.

Mas, para completar la evocación, acudimos a la esposa. A la señora Rosa Molinari de Franzini no podía abordársele sobre tema más entrañable y preferido. De sus recuerdos se desprende el perfil vigoroso y saludable de un hombre que tuvo, en el suceder del tiempo, los estímulos más limpios para escalar posiciones: la novia, la mujer, el hogar, los hijos, los nietos, todo lo que fue haciendo y siendo suyo; la familia, en suma, como eje de sus desvelos, a lo largo de años intensos de trabajo, firme dedicación a su tarea, empeño, aspiraciones que se fueron cumpliendo etapa a etapa, llevando al modesto muchacho de diecisiete años que en el viejo edificio de la calle Mercedes, vendía los diarios a los canillitas, hasta el más alto cargo en la Administración de EL DIA. Eran diecisiete años de esperanza, sueños, proyectos de futuro.

Madrugador a la fuerza —¿cómo no serlo, con don Pepe, que daba el ejemplo de la puntualidad?—, tomaba el tranvía de las cinco de la mañana, que desde Pocitos lo llevaba a su empleo, donde debía estar a las seis. Y si lo perdía algunas veces, no faltaba un lechero de buena voluntad que le hacía lugar en el pescante, o algún verdulero que marchaba en su carro al mercado, y allá iba, al trote de los caballos, en aquellas lejanas mañana montevideanas, hasta hallar otro tranvía que le acercara hasta el diario. Pasado el tiempo, iba a recordar entre sonriente y nostálgico, los viejos madrugones. Porque fueron años lindos, años de esfuerzo y sacrificio, pero honrados, pero dignos, y que le trajeron su recompensa. Así fue construyéndolo todo: casa, decoro. Trabajaba y estudiaba, leía, se preocupaba por acrecentar sus conocimientos, por cultivarse. Fue madurando y cobrando señorío a medida que progresaba en su carrera, entre hombres como Batlle, y como Arena, de los que siempre se podía aprender mucho, y que se interesaron en el joven diligente y emprendedor.

No resulta imposible abrirse caminos cuando la inteligencia es clara, la conciencia recta, y se ama la vida que se ha elegido. Franzini cruzó con paso seguro, con la soltura de los vencedores, el tramo de su existencia, buen sembrador de mañanas en la frente de sus hijos, que en él tuvieron al mejor amigo. Feliz en el hogar feliz, tuvo la alegría de ver reproducidos en los nietos, a los pequeños camaradas que, como aquéllos, preferían al abuelo para compañero de juegos. Su naturaleza bondadosa atraía a la gente joven, y los muchachos del barrio a los que solía recoger en el auto para ir al "partido", le buscaban para cir su opinión, su consejo, sus anécdotas. Gozó de popularidad y le rodeó el afecto, que él también prodigaba. Y fue fiel toda la vida a otro amor de juventud: el Club "Defensor". Merece subrayarse, en el hombre abrumado de tareas, esa preocupación por el deporte, que pudo desarrollar con mayor amplitud desde la Comisión Nacional de Educación Física. Lo auspició como una manera de contribuir a la salud corporal y moral de los jóvenes, y su sólida gestión no se olvida, prolongada ahora, ya ausente, en salas del Estadio Centenario, canchas deportivas y competencias que llevan su nombre, como un homenaje de reconocimiento popular al propulsor de muchas iniciativas fecundas.

Empezó tarde a viajar, cumplidos los cincuenta años, pero pudo al menos satisfacer el viejo anhelo de conocer Italia, en especial, la ciudad de Florencia, predilecta de su espíritu, gustador del arte, y a ella volvía cada vez que sus deberes le llevaron a Europa. Se había afinado interiormente en el deleite de las cosas hermosas, de la música y de los buenos libros, que solía leer en voz alta a sus hijos.

Se marchó como había vivido: lleno de entusiasmos, lleno de proyectos, afirmativo y vital. Y todavía parece vibrar en el aire, el gesto cordial de su mano saludándonos en la puerta de EL DIA.

*Dora Isella RUSSELL*

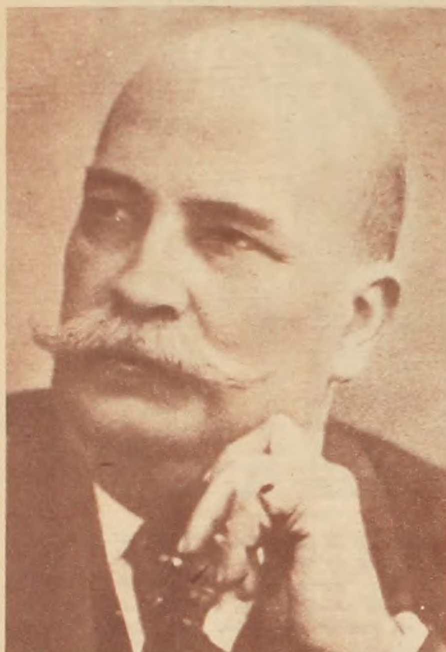
(Especial para EL DIA)



*Franzini sonríe ante una máquina de coser, durante su visita a la fábrica, en Suecia, en 1957.*



# BRASIL Y URUGUAY EN LA LAGUNA



*José María da Silva Paranhos, Barón de Río Branco, que hizo posible la recuperación de un territorio fluvial sobre la laguna Merim y el río Yaguarón.*

POR estos días de noviembre, la prensa montevideana de hace 55 años, informaba de haberse firmado en Río de Janeiro el Tratado "ad referendum" que consagraba para nuestro país derechos de dominio en la Laguna Merim y en el río Yaguarón. Y junto al regocijo que traducía la reparadora liquidación de un largo proceso reivindicatorio que permitía incorporar a la República un histórico territorio fluvial y el derecho a navegar aguas en las que durante las luchas por la independencia nacional había actuado una escuadrilla colaborando con el ejército republicano en la última etapa de la gesta emancipadora, se traducía el sentimiento uruguayo de reconocimiento hacia el comprensivo estadista que ocupaba la cancillería brasileña, José María Da Silva Paranhos, Barón de Río Branco, que tornaba posible las aspiraciones de integración nacional en nuestra frontera del Este, luego de largas y trabajosas tramitaciones, de renovadas misiones diplomáticas cuyo objetivo era lograr por la vía de las negociaciones pacíficas —el derecho es la paz— que ríos interiores —el Cebollatí y el Tacuarí— discurrieran libres de condicionantes de una soberanía extranjera por el territorio uruguayo y que en las aguas fronterizas nuestro pabellón pudiera navegar sin limitaciones, en ejercicio de reconocidos derechos.

¿Cuáles son los antecedentes y cuál la gestación del Tratado suscrito en la entonces capital política del Brasil, el 30 de octubre de 1909, cuyo artículo 1º establecía que su gobierno cedía a la República O. del Uruguay parte de la Laguna Merim y del río Yaguarón?

Dejemos de lado las consideraciones que como antecedentes de los territorios que debieron configurar la expresión física de nuestro país surgen del estudio del Tratado de San Ildefonso celebrado por España y Portugal, y al cual el Brasil opuso el de Badajoz de 1801, pues un hecho posterior negociado por el gobierno uruguayo y ratificado por su Poder Ejecutivo, introdujo una nueva situación en la determinación de la frontera uruguayo - brasileña a la cual debe referirse el suceso que estamos recordando.

Al mediar el siglo pasado, nuestro país se desangraba —en sus hombres y en su economía— en aquella prolongada lucha que la Historia ha registrado como la "Guerra Grande" y cuya definición no podía alcanzar por sí sola. La lucha iniciada en 1839 y que caracterizó el largo asedio de Montevideo —Feb. de 1843 a Oct. de 1851— era la lenta agonía de un Estado que no había disfrutado de una década de paz y de organización luego de su elevación al rango de soberano y que contaba, no obstante, con tantos atributos potenciales para alcanzar una situación de envidiable prosperidad.

La lucha —como todo conflicto que surja en la región del Plata— no se circunscribía al Uruguay. Se extendía a la Confederación Argentina y repercutía en el Imperio del Brasil. La alianza que a mediados de 1851 firmaron el gobierno de Montevideo, Entre Ríos y el Brasil para enfrentar al enemigo común, evidencia la interconexión de intereses y da ocasión al último de los nombrados para iniciar la definición de sus líneas limítrofes con el Estado Oriental, basándose en el Art. 17: "Como consecuencia natural de ese pacto, y deseoso de no dar pretexto a la mínima duda acerca del espíritu de cordialidad, buena fe y desinterés que le sirve de base, los Estados aliados se afianzan mutuamente su respectiva independencia y soberanía y la integridad de sus territorios **sin perjuicio de los derechos adquiridos**".

Para hacer efectiva su alianza —auxilio de fuerzas armadas de mar y tierra y otorgamiento de subsidios, elementos sin los cuales era imposible al Uruguay proseguir la lucha y alcanzar la necesaria paz— Brasil obtuvo de nuestro Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, D. Andrés Lamas, la firma de un Tratado de Límites —12 Oct. de 1851— según el cual: "1º) ...la línea divisoria circulará la margen **occidental** de la Laguna Merim en la altura de las mayores aguas, hasta la boca del Yaguarón, 2º) De la boca del Yaguarón seguirá la línea por la margen **derecha** de dicho río..." "Artículo 4º. Reconociendo que el Brasil está en **posesión exclusiva** de la navegación de la Laguna Merim y Río Yaguarón, y que debe permanecer en ella según la base adoptada del Uti possidetis, admitida con el fin de llegar a un acuerdo final y amigable; y reconociendo además la conveniencia de que tenga puertos donde puedan entrar las embarcaciones brasileras que navegan en la Laguna Merim, e igualmente las Orientales que navegan en los ríos en que estuviesen esos puertos, la República Oriental del Uruguay conviene en **ceder** al Brasil en toda soberanía para el indicado fin, media legua de terreno en una de las dos márgenes de la embocadura del Cebollatí, que fuese designada por el Comisario del Gobierno Imperial; y otra media legua en una de las márgenes del Tacuarí designada del mismo modo, pudiendo el Gobierno Imperial **mandar hacer** en esos terrenos **todas las obras y fortificaciones** que juzgare convenientes".

Eran, ciertamente, bases duras. La línea de "mayores alturas" de las aguas de la laguna Merim se extendía a lugares indefinidos de nuestro territorio, en los departamentos de Cerro Largo y Treinta y Tres en los cuales, además, se admitía el derecho del Brasil de levantar fortificaciones que dominarían la desembocadura de los ríos Tacuarí y Cebollatí.

Evidentemente el Tratado fue firmado bajo el apremio de las más críticas circunstancias. La necesidad de alcanzar una paz anhelada por todos no permitía alternativas ni dilatorias. Si el conocimiento del pasado forja experiencia para el encauzamiento del porvenir, será útil la filosofía que surge de este episodio determinante de las lindes del territorio nacional. No es conveniente negociar bajo las limitaciones de situaciones que compelen a definiciones. Los tratados de límites, sobre todo, por ser de tan delicada naturaleza y de efectos permanentes, han de encararse en épocas que permitan el diálogo prolongado y la búsqueda de soluciones que contemplen las aspiraciones de las partes contratantes y no hieran el nacionalismo de una con injusticias porque los pueblos reaccionarán. Y a veces en forma incontrolable por los gobiernos.

En el caso de los tratados de 1851, la reacción del pueblo uruguayo fue adversa apenas tuvo conocimiento de su letra. Tanto que nuestro Canciller, Dr. Florentino Castellanos, hubo de comunicar a la cancillería brasileña que estaba al nombramiento de los Comisarios para operar la fijación de las nuevas fronteras, que no podía acceder a la demanda hasta que el tratado fuera sometido a ratificación legislativa.

La situación se tornó sumamente difícil y sólo la intervención del General Urquiza pudo detener el estallido de un conflicto bélico. El Gobierno brasileño accedió entonces, a modificar ligeramente las estipulaciones del Tratado: En lo referente a la Laguna Merim se suprimió la condición de que el límite estaría fijado por la mayor altura de las aguas; se limitaba al margen occidental de la misma. Es decir: Brasil mantenía el absoluto dominio de la misma. Y con respecto al Art. 4º se suprimía la exigencia de la concesión de la media legua de terreno en alguna de las márgenes de los ríos Tacuarí y Cebollatí. El 5 de julio de 1852, nuestra Asamblea Legislativa prestaba su aprobación al Tratado suscrito un año antes por Andrés Lamas, con la salvedad de que la aprobación se efectuaba con la esperanza de modificaciones ulteriores.

Si, el ciudadano uruguayo no se resignaba a firmar la irrevocable renuncia a sus derechos sobre las vastas tierras de la ex-Capitanía de San Pedro —hoy Estado de Río Grande del Sur— derivados del Tratado de San Ildefonso firmado por Portugal y España de la cual la Banda Oriental resultaba heredera. Y aquella tímida salvedad de la Asamblea de 1852 —única que cabía en las difíciles circunstancias que vivía el país— exteriorizaba la exigente esperanza de recobrar algo de la herencia colonial.

A tal fin, la Cancillería uruguaya comenzó una labor tenaz al día siguiente de la ratificación legislativa, renovada a través de la intervención de sus hombres más eminentes y que alcanzó éxito en la medida que intervino la comprensión de un estadista de la talla del Barón de Río Branco.

Tocó al mismo diplomático oriental, firmante de los tratados de 1851, iniciar su rectificación proponiendo que el principio de la libre navegación admitido en 1852 para los ríos Uruguay y Cuareim se aplicase a la laguna Merim y al río Yaguarón. La proposición no tuvo éxito y el Vizconde de Uruguay —Canciller brasileño— luego de recordar el derecho exclusivo que tenía su país a la navegación de aquellas aguas, avanzó una tímida solución: "Reconociendo la mutua conveniencia para el comercio y las buenas relaciones entre ambos países de la admisión de las embarcaciones orientales al comercio, dentro de las aguas del río Yaguarón y la laguna Merim en los términos del protocolo del 15 de mayo de 1852, y dependiendo cualquier concesión de indispensables estudios y exámenes del gobierno imperial, mandará estudiar y examinar prácticamente el asunto para ser considerado y resuelto cuando se trate el tratado definitivo".

Era una enunciación de buenos propósitos mitigando la primitiva formal negativa. Y una ventana abierta a ulteriores negociaciones. Diez años más tarde de estas tentativas, o sea, en 1867, nuevamente Lamas, por mandato del General Flores, lleva la inquietud oriental al Gobierno brasileño.

El Ministro de Relaciones Exteriores del Imperio, Sáa y Albuquerque, admitió que las negociaciones de 1857 importaban una concesión, en principio, a la libre navegación por el pabellón uruguayo, pero la resolución definitiva quedaba supeditada a una permuta de terrenos necesarios para el ejido de la villa de Santa Ana do Livramento. El Brasil cedería una superficie igual en otro punto de la frontera. El plenipotenciario uruguayo, con el decidido apoyo de su gobierno, rechazó la propuesta dando ocasión a que se formulara una contrapropuesta brasileña que no podía ser aceptada. Así, una vez más, fracasaba la tentativa de la mínima aspiración uruguaya: derecho a la libre navegación de las aguas del litoral oriental.

En 1878, Latorre resuelve intentar nuevamente la modificación del Tratado de Límites de 1852 u obtener aquella mínima aspiración a que nos hemos referido, acreditando al efecto al Dr. Vázquez Sagastume ante el gobierno brasileño. El plenipotenciario compatriota inició de inmediato las negociaciones estableciendo que el país había adquirido definitivamente una personalidad propia por lo que bien podía aspirar a que se le diese igual tratamiento que al Perú a cuya bandera se había concedido la navegación del río Amazonas. El Barón de Villa Bella contestó, a nombre de su gobierno, que si la navegación de la laguna Merim y del río Yaguarón no se habían resuelto, ello se debía a la posición adoptada por el gobierno uruguayo en 1867 (Negociación Lamas - Sáa Albuquerque).

Replicó el Dr. Vázquez, que si bien por los Tratados de 1851, el Brasil tenía soberanía absoluta hasta las márgenes occidental de la laguna y derecha del Yaguarón, la misma pasaría a la República Oriental si el gobierno imperial, continuando la elevada política últimamente adoptada, devolvía al Uruguay "conforme a los principios del Derecho de Gentes el uso común de las aguas que bañan sus costas".

El elemento polémico, el que determinaba las irreconciliables diferencias entre los dos países, lo constituía la resultancia que el Brasil extraía de la extensión del dominio de las aguas: llegando éste a las márgenes occidental y derecha de la laguna Merim y del río Yaguarón, era forzoso que la construcción de puertos, edificios de aduana o administrativos de cualquier otra naturaleza, debían erigirse en territorio oriental provocando la consiguiente reacción negativa.

La misión del Dr. Vázquez Sagastume resultó harto difícil y amarga para la sensibilidad uruguaya, dado el intransigente nacionalismo del Barón de Villa Bella. Recordando el dominio absoluto de su país sobre las aguas fronterizas, emergente del tratado suscrito en 1851, manifestó al diplomático uruguayo que: "La República Oriental sólo tiene la facultad de fundar aduanas secas. Las fluviales que se establecieren no podrían ser sino en territorio brasilero, y entonces no hay razón alguna de susceptibilidad nacional que se oponga a que los reglamentos que dicte el gobierno oriental referentes a ellas sean formuladas de acuerdo con el gobierno brasilero". Y para marcar las consecuencias extremas del renunciamiento hecho por el Uruguay en su frontera oriental, agregó tajante: "En la actualidad, la República Oriental no puede poner un bote ni sobre las aguas del Yaguarón ni sobre las de la laguna Merim". Y la expresión no tenía un sentido metafórico: En 1857 don Andrés Lamas había presentado una protesta contra las autoridades de Yaguarón que negaban a los habitantes de la villa Artigas —hoy Río Branco— la autorización para el empleo de una canoa destinada a procurar auxilios médicos y religiosos...



*El plenipotenciario uruguayo Dr. Andrés Lamas, a quien correspondió la firma del tratado de límites de 1851 y negociar sus rectificaciones en 1857 y 1867.*

La voz del Barón de Villa Bella era la del Imperio: soberbia, impermeable al sentido de confraternidad americana, a una política de generosa convivencia que estimulara una conciencia continentalista. Por eso fracasó la misión Vázquez Sagastume de 1878, como habían fracasado las de Lamas de 1857 y 1867.

En 1873 y luego en 1877, tocó al doctor Carlos M. Ramírez representar al país ante

# MERIM

el Gobierno del Brasil y en una y otra ocasión se le dieron instrucciones para reanudar las espinosas negociaciones. El Dr. Ramírez declinó hacerlo estimando que la situación de aquel país no era propicia.

Hay una observación, en la correspondencia del Dr. Ramírez, que debe ser destacada para meditación de quienes no analizan hondamente el mérito de lograr la firma de un tratado en un momento dado de la vida cambiante de los pueblos. Decía el plenipotenciario uruguayo que las negociaciones diplomáticas tienen su oportunidad, su hora. Por una, a veces providencial, acumulación de circunstancias, un gobierno está dispuesto a convenir en soluciones satisfactorias. Pasado ese momento favorable, puede o no repetirse en el tiempo la conjunción de factores favorables. Y tengamos presente que esa predisposición —en cuanto se refiere a fijación de límites territoriales— trasciende del ámbito oficial. Debe pesar, pues, en el ánimo de los negociadores y en los críticos de las soluciones alcanzadas, ese valor de la oportunidad, del momento propicio que puede no retornar anulando las aspiraciones de las soluciones perfectas. Que serán tales para una de las partes; difícilmente para ambas.

Comentaba con pesimismo el Dr. Ramírez, que había llegado a persuadirse de que por el curso normal de los acontecimientos y de las negociaciones diplomáticas, no sería posible recuperar nuestros derechos naturales en las aguas que nos separaban del Imperio. Sin embargo, tal reivindicación fue lograda en las horas que éste llegaba a su apogeo militar y naval. Ello habla, no sólo de la talla espiritual del Barón de Río Branco que dio satisfacción a nuestras empeñosas gestiones, sino de la madurez adquirida por el pueblo brasileño que hizo propicio el pronunciamiento de su gobierno.

De 1890 en adelante, las gestiones del nuestro cambian en estilo y forma. Los cancilleres Blas Vidal y Manuel Herrero y Espinosa se dirigieron directamente al Embajador del Imperio en Montevideo enjuiciando en términos severos su conducta y proponiendo concretas soluciones de acuerdo. Ninguna de las notas tuvo contestación.

Cambia, entre tanto, el régimen de gobierno en nuestro vecino del Norte: al Imperio sucede la República cuyas autoridades tienen expresiones de amistad para nuestro país. Este cree llegada una nueva oportunidad y acredita ante el gobierno de Río de Janeiro al Dr. Carlos de Castro, quien renueva el viejo planteamiento: libre navegación de las aguas limítrofes, con un agregado ya presente en las misiones de Blas Vidal y Herrero y Espinosa: libre comunicación de esas aguas con el océano. Pero una vez más las esperanzas uruguayas se desvanecieron en la incomprensión de la justicia y moderación del planteamiento.

Amanece el siglo XX y en 1907 asume la presidencia de nuestra República el doctor Claudio Williman, quien tiene la preocupación del arreglo de nuestra frontera oriental. Comisiona al efecto al Dr. Carlos M. de Pena, quien "debía explorar las dificultades que existían y las soluciones que pudieran establecerse sobre la libre navegación y **plena jurisdicción de la laguna Merim y sus afluentes**".

Era una innovación que iba mucho más allá de las tratativas anteriores. Luego de una entrevista con el Barón de Río Branco, un escueto telegrama informaba a nuestro gobierno que la misión prometía éxito. Y lo era mucho mayor que el que trasuntaba el lacónico despacho pues el canciller brasileño había expresado a nuestro diplomático que luego de tratar el asunto con su Presidente, creía que podría lograrse una declaración del Brasil reconociendo la plenitud de nuestros derechos dentro de los límites naturales de la laguna Merim y de su afluente, el Yaguarón .

No vamos a entrar en detalles de esta negociación, última en nuestra síntesis cronológica y que condujo al tratado del 30 de octubre de 1909, firmado en Río de Janeiro entre nuestro plenipotenciario —que a la fecha lo era el Sr. Rufino T. Domínguez— y el Canciller José M. da Silva Paranhos, por el cual se nos cedía la parte de la laguna Merim comprendida entre su margen occidental y la nueva frontera que debía atravesarla longitudinalmente desde la desembocadura del San Miguel al Yaguarón según una línea convencional y la parte de este último río comprendida entre su ribera occidental y el thalweg.




*Carta general de la Laguna Merim. La línea punteada marca la línea divisoria de jurisdicciones establecidas por el tratado del 30 de octubre de 1909.*

Más de medio siglo había transcurrido desde que la República hubo de pagar caro precio a la necesidad; al apremio de las circunstancias.

Todavía tiene el país problemas fronterizos que resolver. Es de desear que las soluciones no tengan que llegar bajo las difíciles condiciones que limitaron la defensa de nuestros derechos territoriales. No siempre la providencia coloca un Barón de Río Branco en la dirección de los asuntos internacionales que nos puedan afectar.

**Homero MARTINEZ MONTERO**

(Especial para EL DIA)

# EL VIAJE INFINITO SEGUN "EL LIBRO DE LOS MUERTOS"

**ABISMO** de mágicas fórmulas extrañas, de esotéricos ritos, de puentes de luz entre las tinieblas, viaje de las almas hacia las regiones que la fantasía de un pueblo creó para dominar el terror a la muerte, jugando a la eternidad, tal es el Per-em-hru, el célebre "Libro de los Muertos" del Egipto faraónico. A orillas del Nilo sagrado, bordeado de remansos donde crece el papiro, donde en acecho, los cocodrilos desafían, con su inmovilidad, al bronce, donde pesados hipopótamos de ojos de sueño bostezan el hastío de su vivir, esa nación buscó, al problema de la existencia y la no existencia, una salida trascendente y se embriagó con la idea de matar la angustia de la finitud y del transcurrir ineludible, inventando una estructura suprahumana y dando al ser individual extrañas proporciones divinas. Remodeló el hombre egipcio su propio ser de carne, en una necesidad de tranquilizar su terror a la disolución final y razonó así: lo que se destruye es sólo el "jat", la deleznable materia corruptible, pero no el "sahu" o cuerpo espiritual; formado éste por partes diversas: el "ka", la "ba", el "ab", el "jaibit", el "sejen" y el "ren" existirán permanentemente según se cumplan los ritos funerarios, pero también según la conducta habida en la tierra. El "ka" o doble era una réplica del muerto; como una sombra de éste, vivía en la tumba —pirámide o mastaba— mientras durara el cuerpo; ello hacía necesaria la momificación. La "ba" o alma salía del cuerpo al morir el ser y no quedaba en la tumba, como el "ka", sino que intentaba el viaje infinito en busca del trono de Osiris, el dios del occidente, el país de los muertos; tenía aquélla que sortear todas las acechanzas de los seres del mundo de las sombras, pero llevaba en su memoria las fórmulas mágicas del "Libro de los Muertos"; con ellas avanzaba seguro por entre la oscura ruta secreta hacia la luz que irradiaba el dios de la muerte y la resurrección. El "ab" era el corazón; el "ju", la cubierta brillante del "sahu"; el "sejen" era la potencia que misteriosamente hacía que el alma alcanzara las regiones del más allá adonde le era lícito llegar. El "ren" era el nombre; los egipcios, como los antiguos pueblos de Asia, daban a éste una importancia mágica; borrado el nombre del libro infinito, dejaba el ser de existir; así pensaban también en Mesopotamia. Ese mundo fantástico, consuelo del hombre que no se resigna a disolverse, fue colocado en diversos lugares, según la concepción escatológica, variante a través de "nomos" y épocas de Egipto: algunos lo supusieron en el cielo o valle celestial por donde pasaba el río divino en el que la barca del Sol (Ra en el Naciente y Tem en el Ocaso) hacía estallar su luz de pedrerías y oro; otros lo consideraron una hermosa región de la tierra, que a veces llamaron "Sejet-Aaru" (Lugar de los cañaverales) o "Sejet-Hetep" (Lugar de la Paz) o Ilalu (el Occidente); en fin, otros lo supusieron en el interior de la tierra, debajo del mismo lugar donde tanta bulla inútil hace el hombre antes de dormirse misteriosamente.

Entre los libros sagrados del antiguo Egipto el "Libro de los Muertos" ocupa un lugar de significación. Este nombre, con el que se ha dado a conocer en occidente, le fue puesto por Lepsius (Todtenbuch); los egipcios lo designaron Per-en-hru, que puede traducirse como "Libro de alejarse en el día" o tal vez "Capítulos para salir al día"; Champolion lo llamó "Ritual funerario".

El alma del difunto debía emprender un penoso viaje por entre el submundo hasta llegar delante del trono de Osiris, para justificar su conducta sobre la tierra y ganar así su derecho a una existencia sin muerte. Ese camino estaba poblado de monstruos de espantables formas extrañas, seres que la imaginación nada común de aquel pueblo había creado y con los que se torturaba a sí mismo; abundaban los serpentiformes y las deidades de apariencia de cocodrilo. Para sortearlos, el difunto debía dominarlos por medio de plegarias llenas de fórmulas mágicas y la colección de éstas constituyó el libro que ahora comentamos. Por eso se ponía en la tumba un rollo de papiros en los que se consignaban, en caracteres hieráticos, tales conjuros; así el alma llegaba, tras largos andares, hasta el Amenti (el Occidente) donde residía Osiris. Allí, delante de la balanza donde se pesaba su corazón, debía declarar su pureza: era un juramento en forma negativa:

"No he realizado daño alguno; no he cometido violencia; no he robado; no he hecho matar a traición a ningún hombre; no he disminuido las ofrendas; no he dicho mentira; no he hecho llorar; no he sido impuro; no he dado muerte a los animales sagrados; no he dañado a las tierras cultivadas; no he calumniado; no me he encolerizado; no he sido adúltero; no me he negado a escuchar las palabras de verdad; no he cometido maleficio contra el rey ni contra mi padre; no he ensuciado el agua (de los canales); no he hecho maltratar al esclavo por su dueño; no he jurado; no he falseado el fiel de la balanza; no he quitado la leche a la boca de los niños; no he cogido con la red a los pájaros de los dioses; no he rechazado el agua en su tiempo; no he cortado un acueducto en su curso; no he apagado el fuego en su hora; no he despreciado a los dioses en mi corazón. Soy puro, soy puro, soy puro."

Estas palabras dan idea de la alta concepción moral de los egipcios; con la mayoría de ellas podemos formar un código de sentido profundo, sorprendentemente humanitario. En tanto, Anubis (el dios de cabeza de chacal) pesaba el corazón en la balanza colocada en la sala de la Doble Mat (la Verdad y la Justicia); en un platillo ponía el corazón y en el otro una pluma; aquél debía estar tan ligero de faltas que no podía pesar más que la pluma. Tras esta prueba, Toth, el escriba de los dioses (el de cabeza de ibis), apuntaba el resultado. Si el muerto era absuelto se convertía en un "justificado" en una réplica de Osiris y quedaba a vivir en el Amenti con aquel dios; en caso contrario era destruido por Am-Mit, el devorador de almas impías, de forma de león y de cocodrilo, quien se situaba al pie de la balanza.

Léfebure ha estudiado la forma de los himnos del "Libro de los Muertos" y señala que los egipcios no se preocupaban en demasía de la composición poética; "en lugar de agrupar los detalles de manera de producir un efecto querido, no hacían más que reunirlos, sin mucho orden, siguiendo el azar de la verba o de la memoria. No conocían, hablando propiamente, la versificación, pero usaban ciertos artificios que la recordaban, de los cuales el más importante es el paralelismo o la aproximación de ideas semejantes, traducidas por palabras diferentes y giros análogos". Y agrega que a veces, "como en los versículos hebraicos, es esbozo de un verso blanco muy libre, cortado de una cesura más o menos regular, animada por oposiciones y degenerando a veces en repeticiones". Los textos egipcios demuestran el gusto de ese pueblo por las asonancias, las rimas inmediatas y los refranes, colocados especialmente al comienzo de las frases.

También es interesante la sucesión de formas externas que adoptó el Libro de los Muertos; se piensa que al principio se trasmitió simplemente en forma oral; entonces existía de una manera rudimentaria y, siguiendo la opinión de Larraya, profesor de la Universidad de Barcelona, —cuya traducción utilizamos para este artículo— era un conjunto de frases petitorias dirigidas al



*Khepra, sostén del universo de la Douat simbolizado por un disco color ocre, que es el Mundo Inferior.*



*Esta página del "Libro de los muertos" representa la famosa escena de pesar el alma del difunto. En lo alto el fallecido Hunefer, se prosterna, en gesto de sumisión a las divinidades fúnebres, delante de los catorce dioses que lo juzgarán en la Gran Sala de Psychostasie. Abajo, de izquierda a derecha: Hunefer conducido por Anubis a la Balanza, después de haber escuchado la Confesión del muerto. Anubis coloca el corazón del difunto (su conciencia) en uno de los platillos de la Balanza, y observa hacia qué costado se inclina la aguja del fiel. El platillo se inclina del costado de la pluma de Maát, a la derecha, que es la pluma de la Verdad; pues la pluma de Maát es el símbolo de lo que es justo, verdadero, legítimo. Bajo la Balanza, está Amenuit, el Monstruo Devorador de Almas que no se han podido justificar, y son enviadas a las Orduras. A la derecha Thot, el escriba de los dioses (el de cabeza de Ibis) apunta el resultado. Si el muerto era absuelto se convertía en un "justificado", en una réplica de Osiris, y quedaba a vivir en el Amenti con aquel dios; en caso contrario era destruido por Am-Mit, el devorador de almas impías, de forma de león y de cocodrilo, que se situaba al pie de la balanza.*

dios de la ciudad. Pero, como señala también Budge, se experimentó la necesidad de ponerlos por escrito "cuando los sacerdotes empezaron a dudar de su significado y vacilaron acerca del modo cómo debían escribir", pues las fórmulas se habían hecho de difícil exégesis a causa de su ya entonces venerable antigüedad. Así, el libro entró en su faz epigráfica; los sacerdotes de la primera dinastía le dieron una forma más similar a la actual y a partir de la quinta empezó a aparecer escrito en las columnas interiores de las pirámides, las que se hermosearon a causa de la profusión de jeroglíficos, a veces pintados de verde, como se aprecia, dice Larraya, en la pirámide de Unas. Al llegar las dinastías XI y XII los textos del "Libro de los Muertos" ornaron los mismos sarcófagos de los faraones y de los señores más importantes; además, desde ese tiempo se dividió en capítulos el texto que antes era todo corrido. La edad papirológica del libro se inició aproximadamente con la dinastía XVIII; desde ese momento figura realmente como libro (en realidad, un rollo de papiros envuelto en un estuche, que era colocado en las bibliotecas, junto con otros textos hieráticos; éstas existían como un apéndice de los templos. A medida que transcurrió el tiempo los escribas dejaron lugar, entre los caracteres pictográficos, a las viñetas, hermosas ilustraciones de colores que hacen más valioso hoy el papiro. Como recuerda Champdor, uno de los mejores ejemplares "es un papiro de veinte metros de largo, conservado actualmente en el Museo egiptológico de Turín, publicado por primera vez por Lepsius, quien exploró, con Busen, Egipto y Nubia en 1842 y rescató numerosas obras". Los textos de los sarcófagos, estudiados también en cierta cantidad por Lepsius, no han sido compuestos de una sola vez, como claramente lo hace ver Jean Capart, sino que "son la obra de teólogos que han buscado combinar doctrinas venidas de diversas partes de Egipto, de diferentes escuelas sacerdotales y que verosímilmente corresponden a capas, muy distantes unas de las otras, del pensamiento religioso de los primitivos egipcios".

Los capítulos XI a XIV (según Champdor) están animados de la intención de preparar al "sahu" del difunto para penetrar en el Tuat o país de los muertos; éste no está ubicado en el cielo ni en la tierra, sino en la región inferior por la que pasaba el Sol (de los muertos) en su viaje nocturno. Son curiosas las preocupaciones que tiene el egipcio por el alimento de ultratumba; así, entre las solicitudes del capítuo I se lee: "oh, tú, que donas pasteles y cerveza a las almas puras en el templo de Osiris; da pasteles y cerveza en las dos estaciones, orto y ocaso, al alma del Osiris Ani (así llamaban al muerto) triunfador en presencia de todos los dioses de Abtu y victorioso en tu compañía". Más adelante, en el mismo himno, se solicita el juicio, con fe en el resultado del mismo: "Proclamen las bocas de la muchedumbre la sentencia del Juicio. Mi alma se remonta a la presencia de Osiris, luego de declararla acendrada tras su estancia en la tierra. Y ante ti comparezca, ¡oh, señor de los dioses! y llegue al "nomo" de la Doble Justicia y Verdad, siendo coronado inmortal, dotado de vida, resplandeciendo como la de los dioses que moran en el cielo. Así pueda convertirme en uno de vosotros, con mi planta asentada en la ciudad de Jer-abaut y ver navegar por el firmamento la barca Sektet (la del Sol Poniente) del sagrado "Sahu" (Cuerpo espiritual) sin jamás alejarme de los señores del Tuat". Estas líneas dan una idea del estilo del libro, lleno de invocaciones, de alusiones mitológicas y de fórmulas sacramentales, estilo de difícil comprensión, que requiere la más atenta lectura.

Es valioso, por su lirismo, el capítulo XV (en la versión de Larraya es el XVI) en el que se canta el gran himno en honor de Ra: "¡Honor a ti, oh Ra! En la barca Sektet, con vientos prósperos te encaminas al ocaso y alegre está tu corazón. Y el corazón de la barca Maktet (la del Sol Naciente) se regocija. Recorres los cielos apacibles y todos tus enemigos son derribados; cantan tus loas las estrellas incansables y las estrellas quietas. Y las estrella sincesantes te magnifican cuando te sumes en busca de reposo en el horizonte de Manu (el monte en el que el sol se pone) oh, tú, bello al alba y al crepúsculo, dueño de vida establecido, oh, mi señor!" "Honor a ti, que eres Ra (Sol Naciente) cuando apareces y Tem (Sol Poniente) cuando te pones bellamente. Te alzas y brillas en la espalda de tu madre, Nut (la masa acuática —femenina— que suponían entre el cielo y la tierra y de la que nacieron los dioses según aquellas creencias) ch rey coronado de los inmortales". "Sebau, la Perversa (serpiente fabulosa que combatía con el sol al amanecer) en tierra se desplomó; fueron tajados sus brazos y sus manos..."

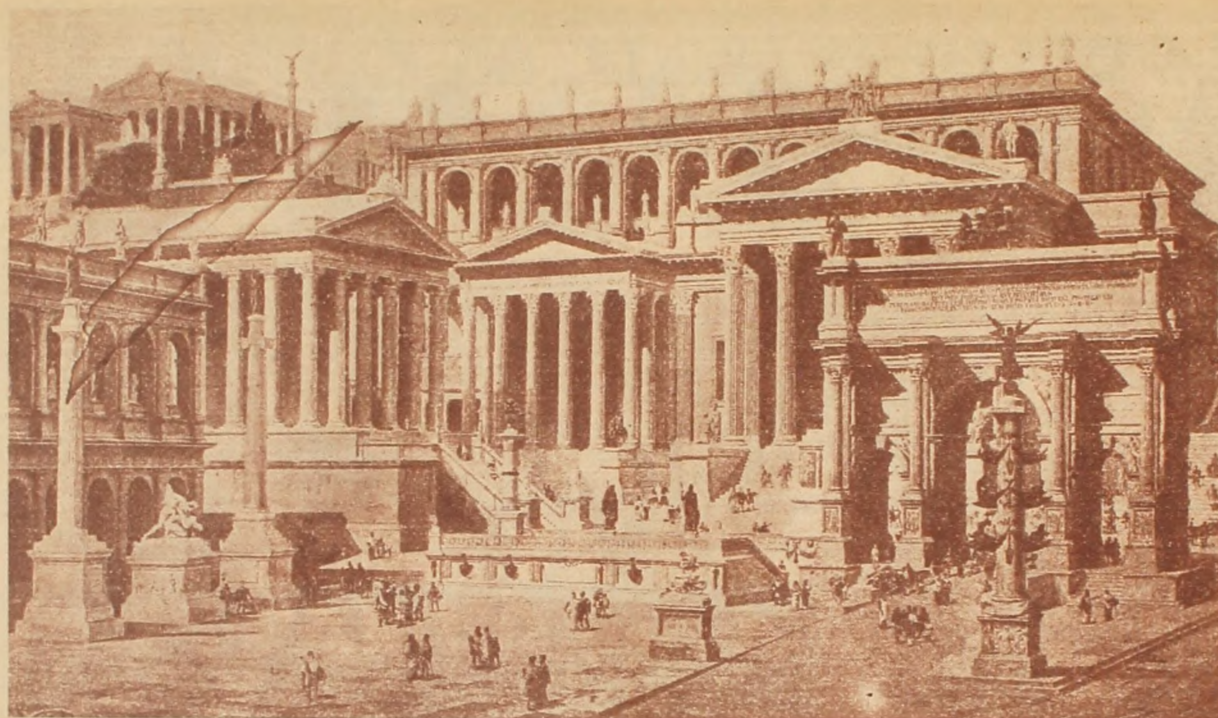
Como lo señala Champdor, los capítulos que van desde el XXI al XXX exponen medios y fórmulas que permiten al difunto adquirir una nueva memoria, reencontrar los poderes misteriosos de su boca (relacionado esto con la doctrina del valor mágico de la palabra) en las regiones del mundo inferior y escapar de los sortilegios de los dioses enemigos. Interesantes son también los capítulos llenos de abstrusas fórmulas, en los que el sacerdote recitador emite su sortilegio para que el difunto pueda luchar contra los ocho demonios de cabeza de cocodrilo; este animal representa generalmente a Sebek, antiguo dios maléfico del "nomo" de Ta-She; esos cocodrilos estaban ubicados en los cardinales y en las posiciones intermedias de los mismos (capítulo XXXVIII). En otros capítulos los miembros del muerto son divinizados; en algunos se narra cómo el alma se eleva hacia el Sol y hacia Isis (esposa y hermana de Osiris). En los libros finales se suceden fórmulas para engrandecer el "ju" del difunto ante Ra, ante Tem, ante Osiris y para darle potencia a aquél, delante de la asamblea de los dioses. (Capítulo CLXXXVIII).

Libro difícil, producto de una imaginación portentosa, resultado de la tristeza de morir, de la rebeldía ante la idea de no ser algún día cosa alguna, tal es la obra que comentamos. En ella, los países del más allá, con palacios, servidores, riquezas, manjares; en ella, el átomo embriagándose de eternidad, inventando un mundo feliz como consuelo de su vivir miserable. Pero libro poético, éste, lleno de esa poesía nacida del misterio, del estupor ante los fenómenos de la naturaleza —divinizados en seguida—; libro de esperanza para aquel pueblo desesperado, esclavizado bajo el régimen de los faraones. Pensando en esas aventuras, el "fellah" o campesino aceptaba, bajo el sol de fuego, la dura tarea, el forjador de armas se quemaba la vista y las manos en las fraguas, el botero remaba horas y horas, Nilo arriba, Nilo abajo, siempre amenazado de zozobrar en las agua plagadas de cocodrilos, y el obrero moría levantando las piedras de las pirámides sobrehumanas o de la Esfinge fabulosa. ¿Qué le importaba esto? Más allá de tanto mal, de tanta injusticia, soñaba con el viaje infinito, con la contemplación de las barcas sagradas, con el juicio de Osiris. Un día podría decir: Soy puro, soy puro, soy puro... Conmueve pensar en aquel dolor inocente, an aquella esperanza imposible, en aquellas vidas dadas por una ilusión irrealizable.

**Hyalmar BLIXEN**

**(Especial para EL DIA)**

# EL FORO R



*Reconstrucción de la Zona Norte. Hacia la derecha, el Arco de Septimio Severo, y detrás, el templo de la Concordia. Hacia la izquierda, parte de la Basílica Julia, el templo de Saturno, y el templo de Vespasiano. En el fondo, las arcadas del Tabularium; en lo alto, el Templo de Júpiter Capitolino.*

DESPUES de haber dicho "Addio" a las tierras y a los mares de Italia al final de un viaje que duró treinta y nueve meses, emprendemos otro viaje a través del tiempo con el recuerdo aun fresco de ese escenario magnífico donde se representó el drama más grandioso de la Historia.

Nos remontamos, pues, en los siglos —más allá de cuarenta siglos — y he aquí que a los ojos de la mente nos aparecen las selvas vírgenes de las cuales nos habla Ovidio en el Libro I de los "Fastos", selvas de una "tierra todavía innominada — dice Virgilio — pero que algún día tendrá un nombre" y que cubren las colinas donde ahora se levantan los soberbios monumentos y los severos palacios de la Roma moderna.

Lentamente llegan inmigrantes y dan nombre a las colinas; los Sabinos ocupan las del Noreste y las llaman Quirinal, Viminal, Cispio y Esquilino; más tarde llegan desde el Sur los Latinos y llaman Palatino, Aventino y Monte de Saturno a las que se interponen entre los Sabinos y el recodo del Tiber. Son dos pueblos y dos razas distintas entre las cuales no tarda en estallar la guerra por la posesión del Monte de Saturno, que después se llamará Capitolio, y que domina el acceso al recodo del río.

A la guerra, embellecida por la leyenda, sigue la unión de los dos pueblos y la relativa paz tratada en el valle comprendido entre las colinas ocupadas por los Sabinos y las ocupadas por los Latinos. Ese valle, que las aguas que caen de las alturas inundan y las que surgen forman tres pequeños lagos, es el lugar del mercado y donde se tratan los negocios y los asuntos de importancia; con nombre latino se llama *Forum*, nombre que atravesará los siglos y llegará a todas las naciones y a todos los idiomas de Occidente para indicar el poder de las leyes y de los magistrados.

Trasportándonos en aquellos tiempos lejanos, vemos a un pueblo de campesinos y de pastores bajar de las colinas y reunirse en la parte Norte del Foro para realizar sus asambleas, sus *Comitia*. El *Comitium* — de *cum ire*, o sea "ir juntos" — es un espacio rectangular descubierto, con los lados dispuestos de Norte a Sur y de Este a Oeste y consagrado por los Augures, es decir por sacerdotes cuya misión es obtener el beneplácito de los dioses por medio de ritos que han aprendido de los Etruscos. Con estos ritos el Comitium es inaugurado y, por consiguiente, es un *templum*.

El templo, espacio o edificio consagrado por los Augures, difiere del *Fanum* porque el fanum es consagrado por un acto solemne cumplido por los Pontífices ,no por los Augures. El templo queda siempre en estado de sacro; al fanum — como, por ejemplo, a un bosque, un puente, una imagen — se le puede quitar la consagración mediante otro acto realizado por un pontífice, acto que se llama *"profanatio"*, las cosas dedicadas al fanum son *"fanáticae"*, las no dedicadas son *"profonae"*.

El llamado Templo de Vesta no es un templo sino un Fanum. El culto de la diosa Vesta lo introdujeron en Roma



*Una Vestal Máxima. Estatua del siglo II d. C. encontrada en el Romo. Roma. Museo Nacional.*



*La estela arcaica (siglo VIII a. C.) con la primera ley escrita, grabada en las cuatro caras.*



*Arco de Septimio Severo (Año 203*

# RIMITIVO

Latinos, los cuales, habiendo llegado mucho después os Sabinos, son considerados por éstos como extran-, *adventici*.

Los Latinos, hombres de la llanura, de rostros ovala- constituirán la plebe; los Sabinos, hombres de rostros rados que han bajado de las montañas y han sido los eros ocupantes de las colinas septentrionales, serán los cios. Esta división racial y social que se prolongará los tiempos de César, el único gran hombre latino el predominio de los "patres" sabinos, explica mu acontecimientos internos de la Historia de Roma.

Para tratar de unir espiritualmente Latinos y Sabinos, l siglo VIII a. C. Numa Pompilio, el rey sabio, cons- en la zona meridional del Foro el fanum de Vesta, uprema diosa latina, y en la zona septentrional del o Foro el templo de Jano, el supremo dios sabino.



en la Zona Norte del Foro.



*Reconstrucción de la Zona Sur. Hacia la izquierda, el Templo de Venus y Roma, y el de César; en el centro, el Forum de Vesta y la Casa de los Vestales; hacia la derecha, el Templo de Castor y Polux y parte de la Basílica Julia; en el fondo, la Casa de Calígula.*

La orientación tiene una gran importancia porque lo superior debe estar situado al Norte para enfrentar al Sur, o sea a la región del cielo donde en el hemisferio septentrional el sol describe su carrera diurna. Por eso en la zona Norte del Foro está lo más venerable de la ciudad: el ara de Saturno, la estela arcaica con la primitiva ley grabada en ella, la *lapis niger* — la piedra negra — considerada por la tradición como la tumba de Rómulo, el ara de Vulcano — el dios sabino del fuego terrestre — y el templo de Jano, el dios sabino del fuego celeste.

Jano es el Sol y el principio de todas las cosas; por eso Numa Pompilio dedicó a Jano el mes que inicia el año y lo llamó *Ianuarius*, nombre que, más o menos transformado, aún queda en todos los idiomas europeos.

Vesta es la Tierra, madre de los dioses y de los hombres; por eso el fanum de Vesta es de planta circular y en su centro no está la imagen de la diosa sino el ara sobre la cual arde perennemente el fuego sagrado, porque con Vesta se alude a la Tierra y a su fuego interior. *Vesta* — dice Ovidio — *significat sedem Terram focusque suam.*

En el siglo VII a. C. Tulo Hostilio construye al Norte de los Comicios el edificio de la Curia, la cual, inaugurada por los Augures, es también un templo como los Comicios.

Conviene recordar que la palabra Curia es sabina y se relaciona con el arcaico *Kurie* — señor — y con *Kuros* — el que tiene el poder. Luego la Curia, destinada a sede del Senado, es la reunión de los señores, de los que tienen el poder.

La Curia y los Comicios son, pues, los Señores — los "Patres" — y el Pueblo, las dos autoridades máximas de la ciudad primitiva y, más tarde, del Estado; es el *Senatus Populusque Romanus* reunido al Norte del Foro y cuyas siglas S.P.Q.R. se grabarán en los monumentos desde las montañas de Escocia hasta las arenas del Sahara, y desde las estribaciones del Cáucaso hasta las costas del Atlántico.

Si la Curia, al Norte, es la sede de los "Patres", al Sur, cerca del Fanum de la Vesta Mater está la sede de las Vestales, las "Matres", la Vestal Máxima es la Mater Familias de todos los ciudadanos y su autoridad es sólo inferior a la del Pontífice Máximo que reside en la *Regia*, al Noreste del Fanum de Vesta. Del mismo modo que las madres preparan en el hogar el pan para la familia, la Vestal Máxima prepara el pan de cebada a medio moler para ofrecerlo durante las Vestalias — o sea en las fiestas que se celebran del 7 al 10 de julio — a los más altos magistrados, como representantes del pueblo romano.

El Foro comienza, pues, con un templo cuadrangular y orientado: los Comicios, y termina con un fanum de planta circular: el Fanum de Vesta. Los Comicios son las reuniones del pueblo, el fanum de Vesta es el hogar común simbolizado por el fuego perenne; los Comicios son la humanidad, el fanum de Vesta y el templo de Jano son la divinidad. Y dominando todo ello — pueblo, hogar, humanidad y divinidad — en la parte más septentrional del Foro, la Curia, sede del Senado.

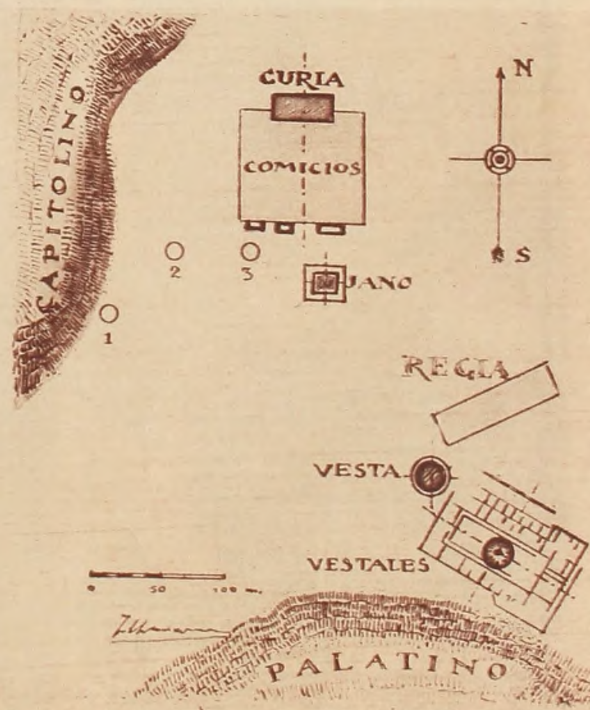
Se unen en el Foro primitivo los mitos de distintas razas y se establecen las relaciones entre la divinidad "importada", que debía regir los destinos del mundo desde un extremo, con la humanidad, también "importada", que debía regirlos desde el otro extremo. Porque desde los primeros tiempos todo converge en las siete colinas y todo es importado en Roma, hombres y dioses, para que Roma ponga su sello y transforme en universales a los hombres y a los dioses.

Más tarde el primitivo Foro se adorna de estatuas ecuestres, Bibliotecas públicas, Archivos del Estado, obras maestras de escultores y pintores famosos, trece templos, tres basílicas grandiosas, ocho arcos de triunfo y mil quinientos metros de pórticos con columnas de capiteles dorados colocadas sobre mil doscientos pedestales de mármoles preciosos. Y, más tarde aún, la Madre Tierra cubre con su manto piadoso los restos de todos estos monumentos destruídos por los bárbaros y los civilizados, hasta hace unos cien años en que los sabios arqueólogos los pusieron de nuevo a la luz del sol.

Pero ante estos venerables restos de antiguos esplendores, a nosotros nos agrada rememorar el primitivo Foro donde, al decir de Propercio, acudían el pueblo y los senadores de rostros curtidos y vestidos con pieles de oveja para redactar las leyes que debían regir el mundo.

*Ing. Enrique* **CHIANCONE**

(Especial para EL DIA)




*Distribución de los edificios en el Foro primitivo: 1) Ara de Saturno; 2) Ara de Vulcano (Vulcanal); 3) Tumba de Rómulo (Lapis Niger).*

José Pedro Bellán rodeado de los intérpretes de su obra "Blancanieves", la noche del estreno, agosto 3 de 1928.

CASA DEL ARTE

Ibicuy 1263 — 923 Central — La Cooperativa
MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA
TEMPORADA OFICIAL DE 1928

Compañía Escuela de Arte Dramático
Dirección:
Angel Curotto - Carlos César Lenzi
Regisseur:
Carlos Brussa

Lunes 14 de Mayo de 1928
A LAS 21

Gran Espectáculo inaugural

1.o Discurso inaugural del Ministro de Instrucción pública
D. ENRIQUE RODRIGUEZ FABREGAT

2.o
LOS MUERTOS
Tres actos de FLORENCIO SANCHEZ

Director escenógrafo: GUILLERMO LABORDE

3.o Apertura de la exposición permanente de Artes Plásticas, Decorativas y Aplicadas.
Director: DOMINGO L. BAZZURRO

4.o Ejecución del poema sinfónico.
:: Campo ::
Orquesta de 70 profesores
dirigida por EDUARDO FABINI

5.o Presentación de las Masas Corales
Dirigidas por el maestro Vicente Pablo
Canciones nativas de Eduardo Fabini
a) «El Arroyo».
b) «Flores del Campo».
c) «A mi río».

Precios de las localidades para esta función inaugural

| | | | |
|---|---|---|---|
| Butacas bajas | $ 1.00 | Lunetas de paraíso | $ 0 40 |
| Butacas altas | " | Entradas de cazuela | 0.25 |
| Luneta de cazuela | " 0 40 | Paraíso | |

Los espectáculos de la Casa del Arte serán trasmitidos por la broadcasting «C. W. O. A. - Casa del Arte. - Ministerio de Instrucción Pública. - Montevideo».

Dirección Técnica: A cargo de la Dirección de Radio Comunicaciones.

El programa inaugural.

OBRAS REPRESENTADAS POR EL ELENCO OFICIAL DE LA "CASA DEL ARTE"

Estrenos de autores uruguayos

LA MUJER SOLITARIA, tres actos de Carlos Salvagno Campos.
BLANCANIEVES, tres actos de José Pedro Bellán.
LOS VAMPIROS, tres actos de Víctor Pérez Petit.
LA LEY DE LA VIDA, tres actos de Alberto Zum Felde.
CUANDO UN HERMANO ROBA..., un acto de Raúl de Castro.
UNA SOMBRA ENTRE DOS ALMAS, un acto de Bernardo I. Queirolo.
Y ERA UN HOMBRE FELIZ, un acto de Santiago Dallegri.
MAS QUE A MIS OJOS, un acto de A. Lombardi y Juan C. Mendiondo.
EL VASO DE SOMBRAS, tres actos de Juan J. Morosoli y Julio Casas Araújo.

Reestrenos

LOS MUERTOS y LOS DERECHOS DE LA SALUD, de Florencio Sánchez.
EL PAN NUESTRO, de Ernesto Herrera
DIOS TE SALVE y LA RONDA DEL HIJO, de José Pedro Bellán.
PREMIOS A LA VIRTUD, de Ulises Favaro.
CABECITA LOCA, de L. Scarzolo Travieso.
DULCE CALMA, de Orosmán Moratorio.
FARSA CRUEL, de Ismael Cortinas.
MI OTRO YO, de Miguel Héctor Escuder.
EL ARLEQUIN, de Otto Miguel Cione.
STEFANO MAESTRO, de Mario Petillo.
PRIMAVERA, de Samuel Blixen.

De otros autores

LA CONQUISTA, de César Iglesias Paz.
EL ANZUELO, de Roberto L. Cayol.
EL CAFE CHINO, de Eduardo Villaseñor.
LA MALA REPUTACION, de J. González Castillo y José Mazzanti.
Don PIETRO CARUSO, de Roberto Bracco.
LA MASCARA Y EL ROSTRO, de Luigi Chiarelli.
BENDITA SEAS!, de Alberto Novión.
LOS CAMINOS DEL MUNDO, de F. Deffilipis Novoa.
EL ZORRO AZUL, de Franz Herczeg.
LA OCTAVA ESPOSA DE BARBA AZUL, de Alfred Savoir.
KI-KI, de André Picard.

# LA CASA

A un tercio de siglo de los acontecimientos, los hechos se convierten, generalmente, en tibios recuerdos sentimentales de la lucha apasionada de un momento. El tiempo aquieta los entusiasmos y en la distancia, los juicios se modifican, convirtiéndose en errores o fracasos, actos y episodios que en otra hora consideramos exitosos, descubriéndose también resultados y consecuencias que antes no pudimos suponer.

La lucha por el teatro en nuestro país, sacrificada, renovada, como todas las batallas libradas en el campo de la cultura, aún las más breves y menos afortunadas, siempre han dejado un saldo positivo.

Hoy vamos a referirnos a uno de los intentos oficiales cumplidos en el país, en el que nos tocó trabajar muy de cerca: la Casa del Arte, iniciativa del Ministro Don Enrique Rodríguez Fabregat, aprobada por el Consejo Nacional de Administración en febrero de 1928, cuya dirección compartiéramos con Carlos César Lenzi.

Siempre es la historia una crónica de hechos y por lo tanto a lo que se hizo entonces vamos a referirnos, en un relato frío y concreto. Ya no nos pesan los reproches justos e injustos ni los elogios merecidos o inmerecidos, recogidos en las horas de la acción. Siempre ha ocurrido y ocurrirá lo mismo. Cuando se está al frente de organismos oficiales, lo importante es creer en lo que se está y trabajar, trabajar sin descanso, sin eludir responsabilidades, sirviendo honradamente al país. El éxito o el fracaso responde muchas veces a distintos motivos que por buen gusto conviene callar y que deben servirnos siempre como enseñanza para el futuro. Así lo hemos entendido a lo largo de nuestra vida y hoy podemos decir que estamos satisfechos de haber servido al teatro del país como un trabajador más.

Fue la "Casa del Arte" una hermosa iniciativa del Ministro Rodríguez Fabregat y que consistía en hacer un centro de las actividades artísticas, refugio y expresión de los intelectuales y artistas en sus diversas manifestaciones. Programa ambicioso y de grandes proyecciones, cuyo solo anuncio provocó un gran movimiento en los círculos intelectuales y la natural oposición en los medios políticos. En fin, lo mismo que ocurre hoy y pasará mañana. En este sentido, tenemos sobrada experiencia.

Y como no vamos a referirnos a lo que hubiéramos deseado realizar, sino a lo que solamente "se pudo hacer", relatemos en forma sintética, hechos y nombres que contribuyeron con dedicación, talento y sacrificio a aquella institución.

La Casa del Arte abrió sus puertas al público en todas sus dependencias en la noche del 14 de mayo de 1928, con asistencia de las altas autoridades nacionales.

Después de las palabras inaugurales del Ministro creador de la iniciativa, la Compañía Escuela de Arte Dramático puso en escena "Los muertos" de Florencio Sánchez, siguiendo después la ejecución a gran orquesta del poema sinfónico "Campo" dirigida por su propio autor Don Eduardo Fabini y, finalmente, la presentación de las masas corales dirigidas por el maestro Vicente Pablo.

Durante uno de los intervalos, fue inaugurada en la planta baja la Exposición Permanente de Artes Plásticas, Decorativas y Aplicadas de obras, pinturas, esculturas, artes aplicadas y de las secciones de cerámica, decoración y modelados de las Escuelas Industriales 1 y 3. Sería larga la lista de nombres de los artistas nacionales y extranjeros que durante todo el año expusieron en ese salón sus obras, exposiciones cuya dirección ejerció con especial sacrificio y reconocida solvencia nuestro gran pintor Domingo Bazzurro.

El esfuerzo inaugural — teatro, música, coros, artes plásticas — significó una tarea abrumadora, lograda con el esfuerzo común de extraordinarios colaboradores.

El elenco dramático oficial, estaba integrado por las actrices Milagros de la Vega, Carmen Méndez, Leticia Scury y Aída Arrieta y los actores Carlos Perelli, Héctor Cuore, Rufino Córdoba y Juan Arrieta, complementado por los artistas alumnos señoritas Cándida Bernadau, Child Justo, Alicia Rodríguez Romero, Lika Prats y Aída Sosa y señores Floreal Cavalleri, José Lucadame, Carlos Pici roni, Vicente Rivero y Victoriano Quirós.

El conjunto de alumnos fue seleccionado, después de reiteradas pruebas, por un jurado integrado por José Pedro Bellán, Gustavo Gallinal, Antonio Soto (Boy) y los directores de la Casa del Arte, quienes también integraron el jurado de selección de estrenos de autores nacionales junto al Dr. Emilio Frugoni, Dr. Carlos María Prando y Juan C. Rodríguez Prous, este último como delegado de los autores.

Está latente en nuestros recuerdos las largas jornadas en que, leídas por Carlos Brussa, escuchamos la lectura de decenas de obras vernáculas, cuyos juicios provocaban acaloradas discusiones. Aún nos parece oír el tono apasionado de Rodríguez Prous, la voz serena de Prando y el juicio siempre inteligente y justo de Emilio Frugoni.

Damos aparte la lista de obras nacionales estrenadas — un verdadero record — y que además fueron represe

# DEL ARTE

...adas en el interior del país, en las ciudades de Florida, Durazno, Trinidad, Tacuarembó y Rivera.

El pintor —magnífico artista— Guillermo Laborde, que tuvo a su cargo la transformación decorativa del Teatro Catalunya en Casa del Arte, ejerció la dirección de escenografía de los espectáculos, secundado por los pintores Héctor Sgarbi, Luis Alberto Fayol y Enrique Lázaro tan prestigiosos hoy en el país como en el exterior, habiendo realizado también trabajos el escenógrafo Fernández y González, nombres todos vinculados a la historia de la escenografía nacional.

Es importante recordar, también, que fue desde la Casa del Arte que, por primera vez, se transmitieron los espectáculos teatrales en el Uruguay, por la broadcasting "C.W.O.A. - Casa del Arte - Ministerio de Instrucción Pública - Montevideo" bajo la dirección técnica de la Dirección de Radiocomunicaciones, supervisada por el Ing. Gilberto Lasnier y trabajando como técnicos Dante Tartaglia y Carlos Mazzey, tan vinculados los tres desde el siguiente año a las horas iniciales y actuales del Sodre. Y ya que nos referimos a este importante instituto, recordemos complacidos la colaboración prestada a la Casa del Arte por el señor Héctor Laborde, entonces delegado del Ministerio de I. Pública y actual director general del Sodre.

Y no olvidemos que tuvo vida en el subsuelo de la Casa del Arte, un rincón dedicado a escritores y poetas —La Taberna"— "peña" capitaneada por Julio J. Casal y Humberto Zarrilli, con su diario oral, donde alternaban la inspiración y el ingenio de Alfredo Mario Ferreiro, Juvenal Ortiz Saralegui, Mario Castellanos y tantos recordados amigos hoy desaparecidos.

Al terminar la temporada, el señor Ministro de Instrucción Pública en sesión del Consejo Nacional, dio lectura a la siguiente nota, publicada después en la prensa de la capital: "Señor Ministro de Instrucción Pública, Dn. Enrique Rodríguez Fabregat. Excelentísimo señor Ministro: Los que suscriben, autores de las obras representadas en la temporada teatral de la "Casa del Arte", nos complacemos en dejar constancia ante vuestra Excelencia, de nuestra total conformidad por la forma en que los directores de ese instituto oficial, señores Angel Curotto y Carlos César Lenzi, han puesto en escena nuestras producciones.

Saludan al señor Ministro con su consideración más distinguida: Ismael Cortinas, Víctor Pérez Petit, José Pedro Bellán, Alberto Zum Felde, Otto Miguel Cione, Miguel H. Escuder, Carlos Salvagno Campos, Luis Scarzolo Travieso, Orosmán Moratorio, Santiago Dallegri, Mario Petillo, Juan José Morosoli, Julio Casas Araújo, Raúl de Castro, Alberto Lombardi y Carlos H. Mendiondo".

Por su parte, el crítico de "El Ideal", comentando la nota, agregó: "Es una satisfacción moral procurada a los directores de la Casa del Arte, que les compensa de no pocas amarguras e injusticias".

Esta sacrificada experiencia duró hasta fines de 1928. Para su realización y mantenimiento, el Consejo Nacional de Administración había votado veinte mil pesos y casi otro tanto arrojó como déficit. Lo que quiere decir que ocho meses con las puertas abiertas, con un elenco actuando en Montevideo y en el interior, conciertos sinfónicos y corales y exposiciones permanentes significó al Ministerio de Instrucción Pública la suma de $ 38.679.00, lo que cuestan hoy dos días de funcionamiento de cada uno de los Institutos oficiales que sirven a nuestro pueblo. Y no se vea en esta observación ningún reproche hacia el Sodre ni hacia la Comisión de Teatros Municipales, de los que somos entusiastas defensores de la misión que cumplen artísticamente en favor del país, sino una demostración de la fabulosa carrera inflacionista sufrida por la nación en muy pocos años.

Fue nuestra preocupación de entonces y de siempre, oponernos a toda expansión burocrática. Consideramos que los institutos artísticos nacionales padecen ese mal, muy agravado en los últimos años. Lo que se destina a sueldos de funcionarios innecesarios significan salarios que se privan a nuestros artistas, robándole un placer estético a nuestro pueblo.

El personal administrativo de la Casa del Arte estaba integrado por dos magníficos compañeros: Carlos Brussa como Administrador General, y Domingo Gallichio como Secretario y junto a ellos Pombo, Tijman y dos o tres auxiliares...

Todos juntos trabajamos intensamente, un año entero, día y noche. Queda señalado en las líneas precedentes, a vuelo de pájaro, la obra realizada. ¿Bien? ¿Mal? En la lejanía del tiempo lo único que podemos decir es que si tuviéramos que encarar de nuevo una empresa similar lo haríamos con el mismo entusiasmo y la misma conducta. Lástima —ay!— que no podamos decir con los mismos colaboradores, porque muchos ya no están y en el emocionado recuerdo de sus nombres, vaya el homenaje de esta crónica evocadora.

*Angel CUROTTO*

(Especial para EL DIA)



*El Presidente de la República Dr. Juan Campisteguy y su señora esposa e hijas; los ministros E. Rodríguez Fabregat y Gral. P. Mendoza y Durán; y los Sres. Domingo Bazurro y Angel Curotto, en la Sala de Exposiciones, la noche en que se iniciaron las actividades.*



*Las actrices Aida Arrieta, Carmen Méndez, Milagros de la Vega y Leticia Scuri; y los actores: Héctor Cuore, Carlos Perelli, Rufino Córdoba y Juan Arrieta; y los apuntadores: Juan M. Barrios y Juan Marco.*

# ENTRE DIOS Y EL DIABLO




*ILUSTRACION DE VERNAZZA*

ROTEMBURGO. — Cuantos llegan a este lugar de Rotemburgo —o el "Castillo Rojo"— están de acuerdo en que es difícil imaginar nada más lindo. Walt Disney lo hallaría encantador para un cuento fantástico. Coronando un cerro, intacto el cinturón de las murallas, al pie los valles deliciosos pulidos por la mano esmerada de los campesinos alemanes, Rotemburgo es el mirador medieval. Adentro, casas e iglesias de cinco siglos y más, parecen juego de muñecas. Hay ventanas diminutas, de reloj de cu-cú en donde se asoman y derraman floridos los geranios.

Las puertas estrechas, las crujientes angostas escaleras no permitirían subir un mueble, y así, sobresaliendo en el remate de las fachadas en punta, está una viga volada y la polea que sirve para guindarlos. En el negocio del carnicero o del cervecero, del salchichero o del barbero, estandartes de encaje de fierro con enseñas doradas, son las insignias tradicionales de estos buenos burgueses que decoraban el aire con sus jeroglíficos. A las doce del día se congregan los vecinos en la plaza para "ver la hora". Unas campanadas anuncian el espectáculo. A lado y lado del reloj, dos ventanitas que se abren. En la una aparece el famoso alcalde que salvó a Rotemburgo de ser saqueado, bebiéndose de un golpe los dos litros y medio de cerveza que le ordenó el que por asalto había tomado la ciudad. En la otra ventana está el cruel señor que le señaló esa prueba ofreciéndole el perdón si cumplía la promesa. Dicen las gentes que el alcalde duró tres días en cama pero que vivió noventa años. Sobre la leyenda de estas crueldades, se alza la ciudad como un juguete, y como un juguete da las horas el reloj.

Como son tan lindos estos entretenimientos, alegres vamos al museo por las calles de Dios. El llamador que sirve para franquear la puerta es una vara de hierro florida, con rosas y cintas y ramas en que el herrero puso toda su gracia. Se tira de la vara, suena la campana, se abre la puerta, y se llega al archivo de la historia. El guardián nos pregunta qué lengua hablamos. ¿Español? Sigan ustedes. Y comienza a girar en el gramófono un disco que, conectado con altavoces, nos va conduciendo de sala en sala por unas galerías en donde hallamos la más documentada historia de los pasados siglos. Graciosísima. Se comienza por las horcas y los descuartizamientos. Todos los instrumentos de estos trabajos, y los grabados correspondientes, nos llevan del purgatorio al infierno en una divina comedia de todos los diablos. El tronco donde se apoyaba la cabeza del que iba a ser decapitado, y la espada con que se la bajaba el verdugo. El potro español de tormento —un caballito de palo con el lomo formado por dos tablas juntas en un ángulo agudo— en que se montaba desnuda a la víctima, con dos enormes piedras colgándole en los pies. El reo se iba abriendo, rajando. La escalera para descoyuntar: tirando de las muñecas y de los tobillos iban estirándose las víctimas como melcochas. La silla de las brujas, donde, desnudas, las pobres adivinas quedaban padeciendo como faquires, sobre un asiento formado por agudos clavos de madera. Las maquinitas que se metían entre la boca de los murmuradores: con un tornillo iban abriéndose dentro hasta que las quijadas se abrían y el paladar se rajaba... Y en los grabados, las fiestas de la muchedumbre que en la preciosa placita de este "Castillo Rojo" se agolpaban a presenciar los castigos. A falta de cine... Unas veces los reos salían con máscaras de fierro, de encorvadas narices de pájaro, de orejas enormes como alas de murciélago, de lenguas como hojas de acanto, unos por maledicientes, otros por incestuosos, otros por hechiceros, las panaderas por haber vendido el pan con menos peso del fijado por la ley, los blasfemos por blasfemos. Porque en el "Castillo Rojo" de esta Alemania cruda del reloj de cu-cú y las campanas que se llevan por el aire la oración, andaban por la misma calle, Dios y el Diablo, mirándose cara a cara.

La casa del Ayuntamiento es una joya, con la sala imperial en la planta noble, y el calabozo en el sótano. Se puede descender al calabozo por una escalera que todavía cruje, pero en donde hoy hay una ventana que da luz, fuera de la eléctrica. En los nobles, tiempos del Caballero de la Barba de Oro o de la Rosa Blanca o del Espolín de Plata, no entraba allí ni un rayo de luz, y sólo había un tubo de escape para el aire hediendo. Sobre las piedras de estas bóvedas, cementerio de vivos, los mordidos por la "justicia" esperaban desesperados la muerte. Veintisiete años estuvo aquí, hasta morir, un alcalde, que cayó en desgracia por un chisme. Aquí murió. Con el tiempo se supo que era inocente... Esto no es raro. Lo extraño fue que viviera ahí 27 años. Es una delicia salir de estas bóvedas y echar a caminar por las calles donde los negocios están atestados de bellas tacitas de cerámica con la estampa del ayuntamiento y las torres de la iglesia.

Los cepos eran notables. Los había dobles para meter de pies y manos a dos mujeres peleadoras. Pero había castigos de un refinamiento imponderable. Al reo le colocaban en la plaza, con los pies desnudos. En la planta de los pies le ponían agua, sal. Las cabras, atraídas por esta tentación, se acercaban a la víctima a lamerle los pies. Los condenados morían de risa con las cosquillas.

¿Dónde está el progreso? ¡Ah, de los tiempos nuevos! Nada se ha inventado... Presumimos de una imaginación perversa, y apenas si somos unos pobres diablos, aprendices de los viejos, sabios verdugos.

*Germán ARCINIEGAS*

(Exclusivo para EL DIA)



En la Peña Tradicionalista "El Hornero" de Rosario son agasajados los oficiales del buque uruguayo "Tacoma", Capitán Chiapara y el autor de esta nota.



El majestuoso monumento a la bandera, junto al Paraná, donde por primera vez la izara Belgrano.

# EL PUERTO DE ROSARIO DE SANTA FE

*¡Litoral! Presencia de agua y verde*
*conjurados en tu tierra vegetal*
*Rumor de río que se alza en cataratas*
*borbollones de sangre mineral.*

*Se levanta tu velo humedecido*
*fundiendo en iris el cielo tropical*
*portando en arco de selva misionera*
*abriendo rutas por todo el litoral.*

Roberto BENAVENTOS

CORRE majestuoso el Paraná y en su vientre caliente arrastra raíces, tronces y camalotes desprendidos de las feraces riberas, para terminar en el profundo océano su desesperada carrera al infinito.

Lamen sus correntadas las orillas con filo de cincel, esculpiendo en la tierra virgen, caprichosas figuras de barrancas y acantilados, de islas y lagunas. El seno de la tierra se vuelve rojo al sol, mostrando sus raíces vivas, cual espectros que desfilaran junto al río; la sabana verde que margina las costas, se pierde de vista en las llanuras.

El cautivante espectáculo nos mantiene, atentos y absortos, en la contemplación de un panorama cambiante, que por hermoso resulta incomparable. Noches estrelladas. Río arriba, sólo el murmullo de la proa que hiere la corriente mezclándose a los chillidos de trasnochadoras aves que buscan su presa.

*

Más de un siglo hace, fue el 28 de agosto de 1855 un barco velero americano por primera vez anclaba frente a las altas barrancas, para descargar de sus bodegas azúcar y maderas. Allí, cerca del arroyito Alberdi, pesados carretones bajaban por la playa, con el agua hasta el eje y la carga se trasladaba a "lomo de indio", desde el barco. Ese fue el comienzo. Urquiza, con visión de futuro, ya en 1859 contrataba la construcción de rústicos muelles de madera, instalando Aduana, declarándolo Puerto de importación de la Confederación, quizás sin presentir, él mismo, el grandioso porvenir que esperaba a su iniciativa. La inconmensurable llanura que rodeaba con fértiles tierras aquel recodo del río, fue presentida con acierto, como inagotable manantial de riquezas, no sólo del agro, sino del subsuelo. La agricultura y ganadería más tarde, daría productos que invadirían los mercados europeos y americanos llevando el vital alimento a pueblos desangrados por las guerras.

Sobre la ribera occidental del caudaloso Paraná, se fue erigiendo la actual gran ciudad de Rosario, gracias a la fabulosa producción de la zona, que tenía como única salida aquel "puertito", impedido sólo por los bajíos, que evitan el paso de los grandes barcos, no aminorando ésto la firme voluntad de los rosarinos de recuperar algún día el sitial que piensan les corresponde.

Desde que se comienza a navegar en la zona portuaria, van desfilando el gran frigorífico inglés con sus humeantes chimeneas. Más al norte varaderos, diques flotantes, altísimos silos; y correas sin fin, desde donde un verdadero río de granos pasa, a través de tuberías de los barcos en los muelles.

Banderas de los más remotos países, remontan el Paraná flameando en las popas de panzudos barcos, vacíos de alterosa silueta, pocos días recostados al muelle, y su figura se achica con el peso de la carga que han recibido.

Líneas de ferrocarriles, paralelas al río, también arriman la codiciada mercadería, desde lejanos pueblos del interior. Ya en 1878, se comienza a exportar trigo en frágiles veleros, apenas mil toneladas cada uno, pocos años después se embarca maíz y lino, hoy día son numerosas las variedades de frutos que se exportan.

Confortables edificios como el de la Estación Fluvial, la Aduana y otros, rodeados de jardines y arboledas, causan una grata impresión al extraño. Clubes de remos y de yates tienen sus sedes más al norte del puerto mismo, balnearios de limpias arenas son mantenidos y fomentados por las autoridades municipales, como un medio de expansión en los calurosos veranos.

Frente mismo al puerto, la gran isla del Espinillo produce bajíos y remolinos que enturbian más la corriente, pero su frondosa vegetación ofrece un hermoso paisaje en el que descansa la vista fatigada de tanto cemento y hierro que conforman la ciudad de modernos rascacielos.

Sobre las barrancas, las mismas en que Belgrano emplazó sus baterías durante la guerra de la independencia, sitio en que el héroe izara por primera vez la enseña patria, se levanta el imponente monumento a la bandera. Casi junto al río se yergue, rodeada de alusivas estatuas de bronce. Un amplio anfiteatro culmina en arcadas sostenidas por poderosas columnas de piedra, junto a las cuales arde la llama eterna en la tumba del Soldado Desconocido.

Bajo el piso, en espaciosa galería de iluminadas vitrinas, se exhiben las banderas de los países de las tres Américas, una reproducción de la flor nacional de cada uno y la letra de cada himno escrita en artístico pergamino.

Esta es la llamada "Galería de las Américas" y se ve siempre concurrida por visitantes. Si algo faltara para demostrar la hermandad que nos une, allí está la roja flor de ceibo, como emblema de los dos pueblos.

Cada vez que llegamos a este puerto, frecuentamos la "Casa Uruguaya", antigua institución que propende en todo sentido al acercamiento entre los dos pueblos.

Es así cómo llegamos al prestigioso Centro de la Tradición "El Hornero", peña nativa que difunde y alienta el cariño por todo lo vernáculo.

En el amplio local se celebró en estos días, el vigésimo aniversario de su fundación.

En estas noches de conmemoración, se bailan chacareras, bailecitos chamamés, zambas y gatos al compás de guitarras, bombos, quenas y charangos. Somos deferentemente atendidos y formamos parte espiritual de pueblo que goza el espectáculo de cautivante coreografía.

Pero no sólo se divierten en el típico ambiente bajo aleros de paja, junto a la clásica pulpería gaucha donde se fríen sabrosas empanadas, allí también se estudia el pasado, bajo la mirada del autor de Martín Fierro, del inmortal José Hernández, de quien se cumplen hoy ciento treinta años de su nacimiento, lo que ha dado motivo a la creación del "Día de la Tradición", en este 10 de noviembre.

Omar *MEDINA SOCA*

—Rosario, noviembre 10/964.

(Especial para EL DIA)

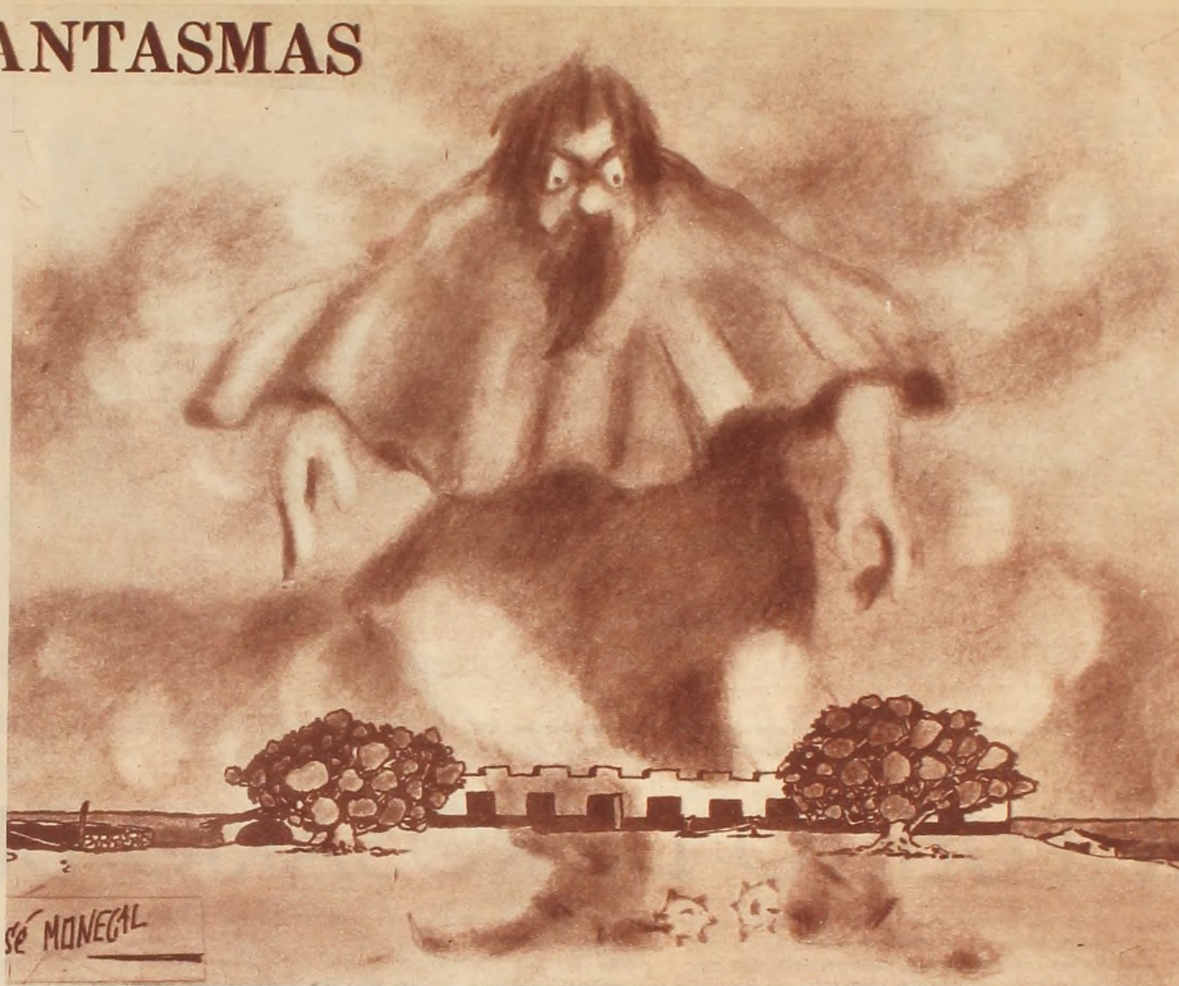


La incomparable belleza del río Paraná, junto a las barrancas.



Barcos de ultramar junto a los silos repletos de cereales. Al fondo las islas del Paraná.

# CUESTION DE FANTASMAS




MALHUMORADO Horacio Dighton gritó:

—¡Adelante!

Entró la sirvienta y le alcanzó una carta. El joven abrió el sobre. La carta, en inglés, decía: "Por el capitán del paquete envío dinero. Es el último. Arregle su vida como pueda". Era de su padre. El andaba entre los veinte y veinte y cinco años, hacía dos había llegado a la capital de la república donde se dio a una vida de copas y naipes cuya intensidad marcó extraordinario record.

Dejó la carta a un lado y de nuevo se estiró bajo las sábanas. A las cuatro de la tarde se levantó y salió a la calle. Fue al puerto y de allí a la estación del ferrocarril. Al día siguiente tomó el tren que corría hasta Nico Pérez. Allí, luego de una larga conversación con el fondero, resolvió seguir en diligencia, rumbo al norte.

Y en el pescante de la diligencia, luego de observar largamente el tiro de los caballos (lanceros y boleros) el trabajo del cuarteador, la muda de tropillas, comenzó a hablar con el mayoral, el indio Marcelino Rivero. En los dos años de ciudad había conseguido dominar el castellano: entendía y se hacía entender; pero siempre sus palabras llevaban aquel acento característico...

Después de almorzar en la posta Horacio Dighton sintió un goce inexplicable en todo su ser. Había probado una caña brasilera, brava, bebido un carlón espeso, y comido unas costillas tapadas de pulpa jugosa, untadas de goteante grasa. Era medio día. El sol le chamuscaba la piel, pero el lo recibía plácidamente. El vaho de la tierra era ardiente y perfumado.

—Sí señor — habló al mayoral — donde encuentre un pedazo de campo lo compro. Voy a criar vacas, ovejas...

Poco después el indio Rivero, luego de meditar un instante, le dijo:

—He venido pensando, don... En cuanto pasemos la posta que toca, en Sarandí Blanco, el estanciero Marichal va pa tiempo que ha ofertao unas dos mil cuadras. Hasta aura no ha encontrao cliente...

—¿Por qué? ¿Feo el campo, pobre?

—No señor, como campo es machazo. Pero la casa...

—¿Qué tiene la casa?

—Ta asombrada.

—¿Cómo?

—Asombrada. El viejo Marichal había sido cristiano muy mentao: comandante, lancero sin emparde, matador de hombres; sin yel totalmente. Cuando murió, la perrada aulló tuita la noche, dos corujas se pasaron encima de la puerta repicando el pico, y un viento que no se sabe de ande salió apagó las velas. Tres mujeres se desmayaron, una vieja entregó el rosquete. Al otro día el hijo, cuasi recién casao, se mudó pa la otra estancia, ande vamos a pasar aura mesmo. El caserón quedó solo. Quien se arrime siente un ruidaje como pa enchuzar pelos. Lo puebla na más que el fantasma del viejo Marichal...

—¿Fantasma? ¡Ahí bajo!

—¿Pero usté sabe lo que es un fantasma, mister?

—¡Bajo ahí! Usted me dirá como hago para hablar con estanciero.

Esa misma noche el mozo extranjero cerró trato con el hacendado Marichal: libras, pagarés, etc. Al otro día Horacio Dighton y un peón — el mulato Freitas — pusieron rumbo a la casa embrujada. Llegaron. Salieron dos perros que ladraron primero y luego aullaron un poco. Era una casa bastante bien conservada, pero en absoluto abandono. La desolación campeaba por todo. Y el silencio que allí se hizo en seguida de callar los perros fue tan imponente que el color moreno del rostro del mulato se volvió verde.

—¡Yo doy güelta, mister! — habló Freitas.

—¿No quiere quedar? Voy a necesitar peones, pagaré bien.

—¡Nunca!

Y sin decir más nada torneó el montado y arrancó en un trote más que largo. El joven, que ya se había apeado, permaneció un momento absorto. Ató el caballo en una de las rejas que daban al campo y entró. Recorrió toda la casa. Encontró una escoba de chilca en buen uso aún. Con ella limpió dos habitaciones. Abrió todas las ventanas. Desencilló y tendió el apero sobre una cama que arregló un poco. Tornó a recorrer. Al entrar en la cocina la observó, ahora, detalladamente. Una caldera, dos ollas, jarros... En una alacena encontró media torta frita. Uno de los tizones del fogón humeaba. El joven sonrió. Los perros iban y venían tras él, olfateándolo. Les habló, los palmeó. En la maleta que consiguió había traído comida. Comió. Por la tarde recorrió corrales y galpones. Cuando oscureció cenó y se acostó. Y se durmió profundamente... pero no tanto como para no sentir, filo de la media noche, un extraño concierto de quejidos, carcajadas, ronquidos y voces; y roce de pasos. De pronto un estruendo terrible al que seguía un callar profundo. Se levantó sin ruido y en cuatro patas llegó a la puerta. Y por la abertura frente a él vio surgir una sombra que al parecer emitía aquella música embrujada.

Horacio Dighton poseía una serenidad muy británica y un arraigado espíritu deportivo. Botó como un yaguareté y allí fue el rodar de dos cuerpos; y luego jadeos y palabras ahogadas...

Aclaró el día. En la cocina Horacio Dighton conversa con un negro que de vez en cuando le alcanza mate.

—Sí señor — hablaba con humildad el moreno — cuando murió Ño Marichal, el hijo, que recién se había casao, jué a vivir en la otra estancia. A mí me habían echao hacía poco, por unos malos chismes del capataz, y andaba a monte con mi china y tres hijitos, más desesperao que lagarto buscando sol. Entonces como la casa quedó sola me asenté en ella. Cuando alguno se arrimaba yo largaba, dende aquí adentro, unos quejidos y alaridos como pa enfriar cualquier hígado. No hace mucho llegó el capataz con unos piones y dos mujeres. Venían, asigún colegí, a de nuevo poblar la casa. Yo, culebriando por entre los galpones y los corrales, gané monte con mujer y cría. De noche me vine a lo zorro y les dí una serenata como la que le dí a usté... Con la custión de que la casa taba con el viejo Marichal de fantasma no aguantaron el sogazo. Ganaron aquí, en esta mesma cocina, y se pasaron chupando bombilla, santiguándose unas y golpiando dientes otros. Y en cuanto clarió se mandaron mudar como si juyeran del mesmo infierno. Y yo seguí viviendo muy orondamente. Me llamo Quintín Amaral, pa servirlo...

El joven contempló al negro un rato. Luego le dijo:

—Vaya al monte. Traiga mujer y muchachos. Ahora campo y casa son míos. Viejo Marichal no manda más.

Tres años después llegó una tarde allí la diligencia de Rivero — pues el inglés le había concedido posta y remuda —. Mientras se soltaban unos caballos y se prendían otros el mayoral charlaba con Dighton. Al despedirse éste habló:

—Mayoral Rivero: usted vuelve dentro de cinco días. Traiga esto. (Le alcanzó una lista). Y venga temprano. Tres años hace que compré campo...

Y pasados cinco días, de la diligencia bajaron cajas con dulces y cajones con botellas. La casa en fiesta. Entre los invitados estaba Marichal con su esposa. Cuando atardecía, Horacio Dighton, bastante achispado, decía en medio de una rueda de oyentes, algunos bastante achispados también:

—A fantasmas hay que saber tratar. Mi padre tiene tres; juegan a las cartas, a veces arman jaleo limpiando botellas de whiski. Viven en tres habitaciones en las que sólo mi padre entra. Cuidan la casa — que es un castillo —; y cuando a mi madre se le sube el moño y grita a mi padre ellos intervienen. Mi madre se desmaya y otra vez hay paz. Cuando yo llegué a esta casa tuvimos conferencia con viejo Marichal. Efectivamente él vivía aquí como fantasma. Tenía un negro de peón para ayudar: Quintín Amaral. Viejo Marichal se fue a descansar a la sierra. Yo contraté Quintín Amaral, mujer, hijos. Muy buenos servidores...

En ese mismo momento, todos suspensos, la esposa de Marichal hijo creyó ver una señal de ojos entre su marido y una de las que allí estaba. Púsose de pie y comenzó a gritar desaforadamente increpando a su compañero quien, por no ser menos, completó la música con unos denuestos tan sonoros que aquello fue Troya. Horacio Dighton levantó su voz por sobre la de ambos llamando a Quintín y ordenándole:

—¡Vaya buscar viejo Marichal, que venga poner paz aquí!

Lo entendió el negro. Ganó las piezas interiores y de ahí a poco se empezó a sentir aquel concierto escalofriante y siniestro del cual Quintín era autor y ejecutante. Desorbitáronse unos, empalidecieron otros, desvaneciéronse cuatro damas entre ellas la esposa de Marichal. El inglés gritó.

—¡Quintín: dé a viejo Marichal muchas gracias! Que puede irse, todo está bien.

Y la fiesta terminó serenamente.

*José MONEGAL*

(Especial para EL DIA)

(Ilustración del autor)

*EDGAR RICE BURROUGHS'*

# Tarzan®
























# MALLAS que prometen un Soler-verano de felicidad

en las 3 avenidas y...




1 - Malla en algodón estampado, totalmente forrada, de original diseño $ 59

2 - Malla en strech fantasía Pied de Pould, pantalón liso con detalle de cinturón en la cadera $ 352

3 - Malla de linea clásica "Catalina" realizada en crep a lunares irregulares $ 498

4 - Malla en strech corderoy, totalmente garantida en duración $ 160

Malla confeccionada en algodón satinado, de brillante colorido $ 90

Malla clásica lisa, realizada en strech boucle, fina terminación $ 180

Malla clásica Spada, en strech liso, en gran variedad de tonos $ 195

Malla en strech de línea sencilla, una creación "Country Club" Círculo de Oro $ 298

Dos Piezas en strech fantasía, con original bretel de sesgo, es una creación "Catalina" $ 298

Malla muy sobria en Helanca, marca Klytia, con solo detalle de flor aplicada $ 402

4

DE NUESTRA SECCION SPORT Y PLAYA DESTACAMOS VARIADO SURTIDO DE COMPLEMENTOS PARA SU MALLA.




**CASA MATRIZ:** Av. Agraciada 2302 y M. Sosa - Tel. 20 09 61
**SUC. CORDON:** Av. 18 de Julio 1601 - Tel. 40 41 11
**SUC. CENTRO:** Av. 18 de Julio 958 casi R. Branco - Tel. 9 40 59
**SUC. UNION:** Av. 8 de Octubre 3790 al 94 - Tel. 5 40 35